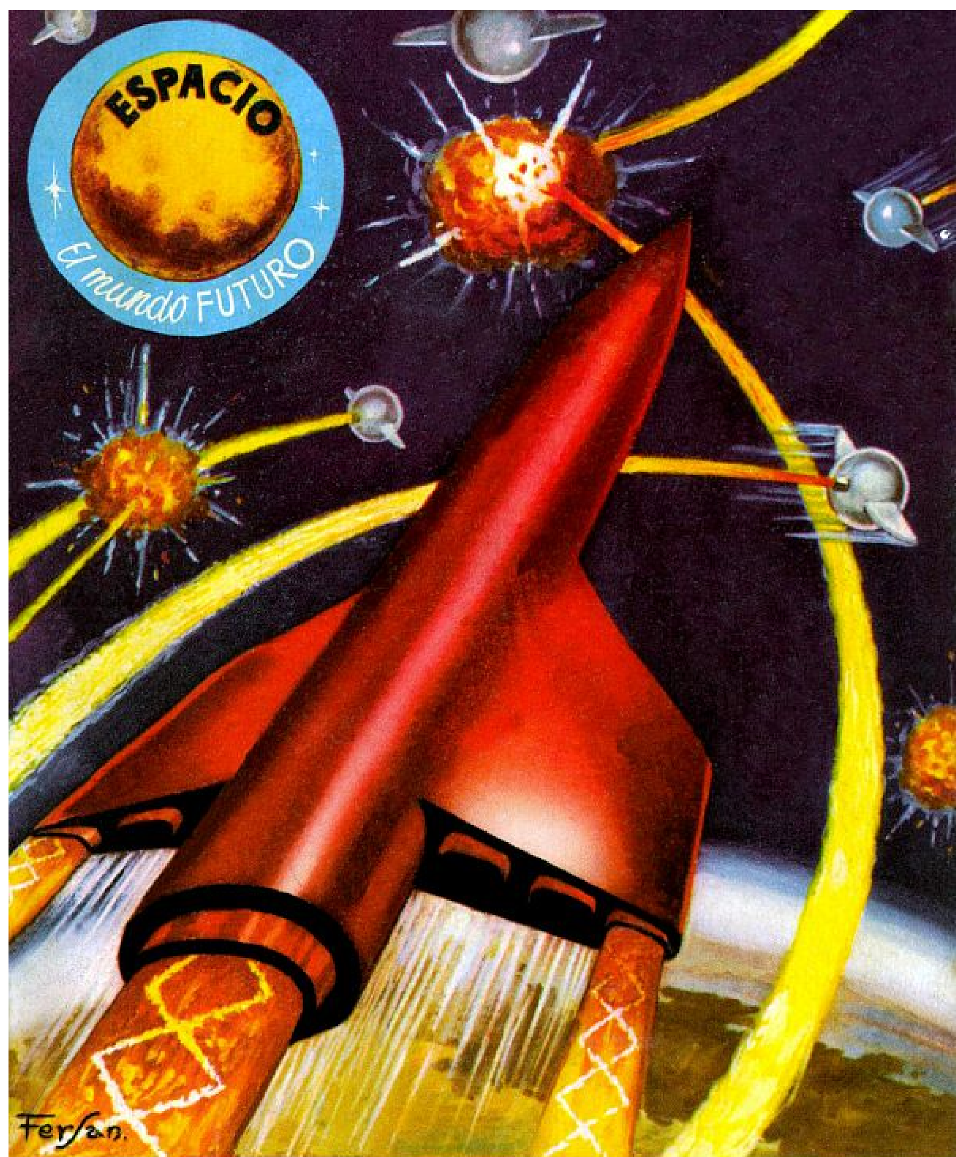


GUERRA DE SATÉLITES

H. S. THELS

Los cinco hombres estaban reunidos en el sótano del edificio anejo al laboratorio de investigaciones del Ejército para los trabajos sobre proyectiles teledirigidos y satélites artificiales.

Por debajo de la nube azulada que había ido formando el humo de los cigarrillos y que envolvía por completo las barras luminosas de neón, los rostros estaban tirantes y los ojos ofrecían un brillo intenso, que parecía reflejar la tensión interior que les consumía.



H. S. Thels

Guerra de satélites

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 105

ePub r1.0
LDS 20.06.18

Título original: *Guerra de satélites*
H. S. Thels, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




GUERRA DE
SATÉLITES

Introducción

A todo el mundo, sin duda alguna, le han ocurrido cosas extrañas en el curso de su vida; pero la que me aconteció hace unas semanas, cuando Harold me trajo el correo por la mañana, era, como ustedes podrán juzgar, curiosa además de inverosímil.

Todas las mañanas, antes de empezar a escribir, suelo tomar un vaso de café y fumar el primer cigarrillo del día; después, mientras repaso la labor del día anterior y «me ambiento», espero a que Harold me traiga el correo, que selecciono rápidamente, separando, sin abrir, aquellos sobres que la costumbre y un poquito de intuición me hacen saber que contienen las consabidas facturas. Ese desagradable ángulo de mi correspondencia —que es el de todos los hombres—, se lo dejo a mi secretaria que, por fortuna, goza haciendo números.

Yo leo el resto.

Y ese resto está integrado por cartas de lectores, por propaganda de libros y revistas y, de vez en cuando, por alguna cosa que encierra un positivo interés.

El sobre aquel día era como los demás: de formato comercial y llevaba no mi dirección, sino la de mi club. Alguien, seguramente el portero Parker, había borrado las señas del club y puesto, a pluma, debajo, las de mi casa.

No es la primera vez que esto ocurre y naturalmente no me extrañó lo más mínimo. Desgarré el sobre con el cortapapeles.

Dentro había una carta y un aviso de paquete postal.

Nada más desdoblar la carta y leer la primera línea, la fecha, pensé que se trataba de una broma. Y no es extraño, porque los que nos dedicamos a escribir temas de anticipación científica hemos recibido, todos, algunas líneas socarronas, firmadas por «un

marciano», un «venusiano» o «un habitante de la enésima dimensión».

De todas formas, esas cartas suelen ser divertidas, simpáticas y no es nada malo, que yo sepa, empezar el día con la sonrisa en los labios.

La carta estaba concebida en estos términos:

Nueva York, 17 de febrero de 2011.
Mr. H. S. Thels.

Mi querido señor: Estoy seguro de que la fecha más arriba citada va a causarle extrañeza, ya que recibirá Usted esta carta alrededor del 8 de enero de 1958. También estoy seguro de que se creerá víctima de una broma de cualquier divertido coetáneo o hasta de un demente. Todo esto, naturalmente, necesita una explicación, que muy gustosamente voy a darle a renglón seguido.

Como encargado de la Biblioteca Histórica de nuestra ciudad, en la Sección de Literatura de Anticipación Científica, he podido leer todas sus obras, las que usted ha escrito hasta la fecha en que le llegarán estas líneas… Y LAS QUE TIENE QUE ESCRIBIR AÚN.

¿Curioso, verdad?

Me llamó poderosamente la atención el acierto con que, en algunos de sus libros, se anticipó usted a los hechos, demostrando una intuición sinceramente admirable. Y fue precisamente esto lo que me impulsó a escribirle, proporcionándole un tema que, estoy completamente seguro, aceptará encantado.

Que ¿cómo he logrado enviarle estos escritos a su época? También quiero aclararle ese punto, míster Thels. Por desgracia, me está prohibido darle detalles técnicos, que pertenecen exclusivamente a los profesores del Departamento Temporal; pero, la fortuna ha hecho que

uno de mis hijos, el segundo, trabaje allí, lo que ha hecho factible poder realizar este pequeño capricho mío.

Crea usted que ha sido una excepción y que me ha costado bastante convencer a Peter, mi hijo, de que me hiciese este favor; pero él, después de consultar con sus superiores, ha aceptado encantado y ha enviado la carta y el manuscrito a su época, deslazándolo en el aparato «retrotemporal» que poseen en su Departamento.

Estoy, pues, completamente seguro de que mis líneas llegaron a sus manos y no puedo por menos de sonreír al imaginar su rostro en estos momentos, en los que la incredulidad natural va cediendo, poco a poco, por la fuerza de las realidades que contienen mis escritos.

Yo comprendo perfectamente el esfuerzo mental de ustedes, los escritores de fantasía científica, para trasladarse, mentalmente, al futuro. Y créame que me considerare plenamente satisfecho si los datos que le envío pueden facilitar su labor y procurarle el placer de escribir un nuevo libro… QUE USED ESCRIBIRÁ PORQUE YO YA LO HE LEÍDO Y LO TENGO EN LA MANO.

Es difícil, muy difícil, compaginar eso que para usted va a ser futuro y que para mí es ya un pasado lejano. Decirle que ya he leído UN LIBRO QUE USTED AUN NO HA ESCRITO puede parecerle fantástico; pero, no obstante, es una gran realidad PARA AMBOS.

En el manuscrito que le envío podrá usted leer Una historia verídica; algo que no solamente fue escrito POR USTED, sino que ocurrió, en el año 1985, cubriendo a la humanidad de horror de una guerra inconcebible… Y QUE NADIE ESPERABA.

AL repasar los datos de la Historia, se ve claramente que la humanidad de su época temía la guerra nuclear y que el desarrollo de los proyectiles teledirigidos hacia más temible y extenso, a la vez. Pero, como usted apreciará en los datos que le suministro, las naciones se teman

mutuamente demasiado miedo para desencadenar un conflicto armado en la Tierra.

Por eso eligieron la guerra en el espacio exterior.

¡GUERRA DE SATÉLITES!

¿Quién recuerda ya, señor Thels, el 4 de octubre de 1957, cuando los rusos lanzaron su primer «Sputnik»? Tampoco se recuerdan los datos exactos del segundo «Sputnik», ni del «Explorador I», ni de los muchos satélites artificiales, que después de los USA y la URSS, lanzaron Inglaterra primero y Francia después, seguidos de los que crearon los alemanes de Bonn, inmediatamente imitados por los alemanes Orientales.

Todo eso ha pasado ya a las páginas de una historia que empieza a ser remota.

Lo importante fue el lanzamiento de los primeros satélites TRIPULADOS POR SERES HUMANOS.

En la fecha que usted recibirá estas líneas, se estará discutiendo, cada vez con más fuerza, sobre las leyes que han de regir el ESPACIO EXTERIOR. Todos los países se habrán dado cuenta de la importancia que ese espacio tiene para la dominación del mundo, ya que es la puerta para los viajes estelares.

Por eso te he enviado los datos históricos de la Guerra de satélites, seguro de que sabrá obtener de ellos el máximo provecho y publicar su obra —que ya he leído—, con la que obtendrá un éxito sin precedentes.

Es un poco triste no haber podido conocerle personalmente; pero eso ha sido imposible porque yo nací cinco años después de su muerte. Pero, de todos modos, ha sido maravilloso para mí que mi hijo Peter haya satisfecho una de mis mayores emociones y que me haya permitido comunicarme con usted, aunque haya sido a través del tiempo. Esto le demostrará que el invento de la maquina temporal puede ser, con las naturales limitaciones, una fuente de grandiosas emociones.

Y nada más, querido amigo. Podrá recoger el paquete postal, cuyo recibo hallará en esta carta.

Muy afectuosamente le saluda.

W. C. Lawson.

CAPÍTULO PRIMERO



os cinco hombres estaban reunidos en el sótano del edificio anejo al laboratorio de investigaciones del Ejército para los trabajos sobre proyectiles teledirigidos y satélites artificiales.

Por debajo de la nube azulada que había ido formando el humo de los cigarrillos y que envolvía por completo las barras luminosas de neón, los rostros estaban tirantes y los ojos ofrecían un brillo intenso, que parecía reflejar la tensión interior que les consumía.

Un montón de planos y algunos que otros mapas estratosféricos yacían sobre la mesa, donde los ceniceros parecían islas volcánicas que humeasen sin cesar.

Uno de los hombres se secó el sudor y después de pasarse el pañuelo por la parte anterior del cuello, emitió un profundo suspiro.

—Hay que decidirse, muchachos.

Él era, visiblemente, el más viejo de todos, aunque no debía haber llegado más allá de los treinta años, pero sus sienes estaban

ya ligeramente plateadas y algunas arrugas excéntricas rodeaban la piel, no lejos de sus ojos.

Nadie contestó a aquella frase, que debió perderse, siguiendo quizá el camino que dibujaban las volutas de los cigarrillos. Por eso, después de una corta pausa, el hombre volvió a hablar:

—Ya sé que la cosa no es fácil; pero la suerte, mala o buena, ha caído sobre nuestro equipo y dos de nosotros han de salir hacia el espacio mañana por la mañana. Faltan once horas y no vamos a pasárnoslas discutiendo vanamente. Ya sabéis que tengo autoridad suficiente para ordenar a dos de vosotros como pilotos del «Space»; pero prefiero que seáis vosotros mismos, voluntariamente, los que decidáis lo que haya que hacer.

Tom Lauer, uno de los jóvenes que estaba a su izquierda, levantó la cabeza.

—Todos queremos ir, comandante Marshall.

—Ya lo sé, ya lo sé; pero no vais a volverme loco. El «Space» no puede llevar más que a dos tripulantes. Eso quiere decir que dos de vosotros tendréis que renunciar a este viaje… Pero ¡por Dios!, ¿es que éste va a ser el último satélite tripulado que van a lanzar los Estados Unidos?

Ninguno de los presentes despegó los labios.

—Yo también hubiese querido ser el PRIMERO; pero el general se negó rotundamente y no me ha quedado otro remedio que obedecer. En cambio, vosotros, como niños mal educados, os negáis a ceder, obligándome a hacer una de las cosas que más me desagradan; imponerme.

Y como el silencio prosiguiese, dio un formidable puñetazo sobre la mesa, haciendo que algunas colillas retorcidas y medio consumidas cayesen sobre los planos.

—¡Os doy cinco últimos minutos para decidiros!

Y pulsó el cronómetro, cuya manecilla empezó a saltar ágilmente, de segundo en segundo.

—¿Por qué no lo echamos a suertes? —inquirió, en aquel momento, Donald Olsen.

—¡Gracias a Dios que hay uno, entre vosotros, que parece tener algo en la cabeza! ¿Qué os parece la proposición de Olsen, muchachos?

—Buena.

—Me conviene.
—A mí me parece bien.
Raymond Marshall sonrió, plenamente satisfecho.
—¡De acuerdo, amigos! Vamos a proceder a un sorteo de lo más legal del mundo.
Se apoderó de una hoja del bloc que tenía junto a él y la cortó en cuatro trozos iguales; después, mirándolos, sonrió y escribió, mientras decía:
—En estas dos pondré «Space»; eso quiere decir que quien las coja irá en el satélite. En las otras dos pondré «mala suerte» y los que las posean se quedarán… hasta la próxima salida. ¿De acuerdo?
Todos asintieron.
Marshall dobló cuidadosamente los cuatro trozos de papel, hasta convertirlos en minúsculas bolitas, completamente iguales; se quitó la gorra luego y lanzó los papeles al interior, sacudiéndolos intensamente.
—Ya puede coger, Tom.
El interpelado extendió la mano, que temblaba un poco, hundiéndola después en la gorra de su superior. Cogió una de las bolitas y la mantuvo cerrada, en su mano.
—¿No la miras?
—Prefiero esperar.
—O. K. Ahora te toca a ti, Rudolph.
Se repitió la maniobra, pero tampoco el joven abrió el papelito.
—Coge, Donald —ordenó el comandante, frunciendo el entrecejo.
Y cuando Olsen se quedó con el papelito en su puño cerrado, preguntó:
—Queréis tener un poco más de esperanza, ¿verdad? Lo comprendo. Coge la última, John.
John Wilson, el más joven de todos, no había cumplido aún los veinte años, se sonrojó, extendiendo la mano, que temblaba mucho más que todas las anteriores y se apoderó del papel, que guardó tan celosamente como los otros.
El comandante les miró, de hito en hito.
—¿Puede saberse qué demonios esperáis?
Fue Donald quien contestó.
—Verá usted, señor. Esperamos que nos ordene abrir los papeles.

Así, en cierto modo, nuestra suerte será un acto de disciplina.

Raymond lanzó una sonora carcajada.

—¡Banda de niños mimados! Si alguien os viese, sin conocer los motivos de toda esta reunión, se reiría de vosotros hasta romperse las tripas; pero, después de todo —su rostro se ensombreció un tanto—, es posible que tengáis razón y, por lo tanto, voy a empezar a dar órdenes.

Volvió a mirarlos y fijando sus ojos en el que le había hablado.

—Está bien, Donald… ¡abre tu papel, es una orden!

Olsen obedeció y sus dedos temblaron un poco, mientras las miradas de sus compañeros se concentraban en sus manos.

—¡Voy! —rugió, con una feroz alegría.

Y mostró el papel donde se leía «Space».

—¡Enhorabuena, muchacho! Ahora tú, Tom; abre tu papelito.

Lauer repitió la maniobra de su compañero; después, apretándolo con fuerza, volvió a arrugarlo, con un rictus desagradable en el rostro.

—Me quedo.

—¡Qué le vamos a hacer! Veamos tu papel, Rudolph.

Desdobló el suyo Fleet y lo lanzó despectivamente sobre la mesa.

—¡Mala suerte! —dijo, tremendamente serio.

Todos los ojos se volvieron hacia el joven Wilson.

—Te ha tocado a ti, muchacho… ¡Buena suerte!

John sonrió, pero no se atrevió a desdoblar su papel, que guardó celosamente en su puño cerrado. Las gotas de sudor perlaban por su frente.

—¿Contentos todos? —inquirió el comandante.

—¿Qué remedio? —dijo Donald, encogiéndose de hombros.

Raymond se levantó.

—Ahora tenemos que descansar… ¡Bastante ha durado la comedia! Hay que recuperar energías y prepararse para mañana. Vosotros, Tom y Rudolph, pasad mañana muy temprano, por mi despacho. Echaremos una ojeada al «Space» y prepararemos las cosas para los afortunados. ¡Buenas noches, muchachos!

Ellos también se habían levantado y salieron de la estancia, tomando uno de los pasillos que conducían a la salida.

Iban en grupo, pero una vez fuera, Rudolph se acercó al joven John llevándoselo aparte.

Caminaron, por el jardín de las instalaciones, bajo la turbia luz de una luna que tamizaba un profundo celaje de nubes. Y marcharon en silencio hasta que estuvieron seguros de que los otros dos se habían adelantado lo suficiente para no oírlos.

—Dame tu papel —ordeno Rudolph.

Obedeció el otro y Fleet lo desdobló, sonriendo al ver que allí había escrito un «mala suerte». Cogió luego el suyo, que contenía la orden de salir en el «Space» y se lo entregó a Wilson.

—Toma. Pueden pedírtelo y será mejor que lo tengas tú.

Y después de un corto silencio.

—¿Tienes miedo?

John se encogió de hombros.

—No, no lo tengo… Lo único que me pasa es que me das asco.

—¿Asco? ¿Por qué?

—Porque no creo que el motivo de lo que me has obligado a hacer sea mi hermana.

El otro se extrañó.

—¿Cómo puedes dudarlo? Queremos casarnos y esta marcha lo estropeaba todo. Por eso te pedí que salieses en mi lugar.

—¡Ojalá fuese cierto!

—No me importa que lo dudes; después de todo, nadie te creería ya, puesto que tengo «mi» papelito, con un «mala suerte» escrito de puño y letra del comandante.

Hubo un corto silencio.

—Quisiera creerte; pero, de todas maneras, quiero que sepas que, si no cumples tu juramento y me juegas una mala pasada, te exigiré cuentas a mi regreso.

Fleet no dijo nada en voz alta; pero, interiormente, no pudo evitar una sonrisa, ya que aquel iluso creía que iba a volver.

¿Por qué, si no, había él utilizado el lado sentimental y fraternal de Wilson, sino para librarse de aquel viaje que significaba seguramente la muerte cierta?

En la loca carrera por la conquista del espacio exterior, los Estados Unidos habían acelerado tremendamente el lanzamiento del primer satélite artificial tripulado por hombres, deseosos de quitarse la espina que tenían clavada en su orgullo nacional desde octubre de 1957, cuando los rusos se les adelantaron lanzando el primer «Sputnik».

Y él, Rudolph, no estaba dispuesto a servir de conejillo de Indias para nadie.

Lo de Mary era, naturalmente, la más hermosa excusa que había encontrado y que había hecho que Wilson, pensando solamente en la felicidad de su hermana, se sacrificase de aquella manera.

John se había detenido y se volvió hacia su compañero, mirándolo fijamente.

—¿Cuándo piensas casarte?

—Enseguida. La semana que viene todo estará hecho.

Wilson asintió con la cabeza.

—No olvides —dijo con un tono en el que trasparentaba la amenaza directa— que podré enterarme, desde allá arriba, si has cumplido o no tu palabra.

—¡Eres un latoso, John! Cuando prometo una cosa, la cumplo. Además, no creo que nadie te diga si me he casado o no. No perderán el tiempo en comunicarte naderías de ese tipo.

—¡Para mí no son naderías! He tomado tu puesto, porque Mary está delicada y no quiero disgustarla con preocupaciones mayores.

—Ya te he dicho que no te preocupases.

—Está bien.

* * *

Alexis Kunov y Dimitri Skolenko permanecían firmes, rigurosamente rígidos, ante la mesa tras la que se encontraba el general.

—Todo está en orden, pero no podemos proceder al lanzamiento hasta dentro de tres días.

—¿Quiere decir eso que los americanos van a adelantársenos? —inquirió Alexis, con un gesto de disgusto.

El general se encogió de hombros.

—Eso ya no tiene importancia. La cuestión no está en una primacía que ya logró, de una manera irrevocable para la Historia, nuestro glorioso «Sputnik» primero; ahora se trata de algo mucho más grave e importante: el dominio absoluto del espacio exterior.

—Pero si ellos se nos adelantan…

—Todo depende de la manera en que se comporte el aparato que van a lanzar, según sabemos de cierto, mañana por la mañana.

Si logran una órbita corriente y exponen el satélite al frotamiento de la atmósfera, caerá, como todos los demás y no tendremos que preocuparnos por nada.

—¿Y si obtienen una altura fuera, en su órbita, de contactos perturbadores?

—En ese caso, entrarán en vigor las instrucciones número tres.

—Comprendemos.

—Por eso, no tiene la menor importancia que ellos puedan anunciar al mundo que han lanzado el primer satélite artificial habitado. Dejemos que cacareen todo lo que quieran, ya que nuestras intenciones han sido mejor sopesadas que las suyas, lo que hará que nuestra victoria, como siempre, sea la definitiva.

Hubo un corto silencio.

—Las posibilidades de que el «Space» consiga una órbita perfecta son muy pequeñas. Los americanos no han conseguido, que sepamos, servirse de la energía atómica que nosotros ya utilizamos en el lanzamiento del «Sputnik» números dos.

»Todo hace suponer que el destino del "Space" será efímero y que tardará unas pocas semanas en caer a la Tierra, descendiendo sus tripulantes, si es que aún viven, en dispositivos con paracaídas especiales.

Kunov y su compañero escuchaban atentamente.

—Por lo demás —dijo el general—, no nos queda más que echar una ojeada a nuestro satélite, cuyo interior quiero mostraros, para que vayáis familiarizándoos con él.

Salieron del despacho, atravesando el terreno de pruebas. La luz de un sol débil dejaba ver, a lo lejos, la silueta de las torretas de los centinelas y la línea de las alambradas electrificadas, que impedían el paso a los curiosos.

Grandes edificios levantaban su atrevida forma moderna por doquier.

Uno de ellos, con la clásica forma de un hangar, se elevaba en el centro del campo y hacia él se dirigieron los tres hombres.

Una doble pareja de centinelas, armados hasta los dientes, les saludaron al reconocerlos, abriendo la puerta, que giró sobre los carriles por los que se movían, silenciosamente, sus ruedas.

El interior era de una amplitud que no parecía tan extensa desde fuera. Y allí, en el centro, justo debajo de una cúpula metálica,

como la del mayor observatorio, se levantaba la extraña figura esférica del satélite, que no era, después de todo, más que la última porción del monstruo aparato que iba a lanzarlo al espacio.

La esfera tenía unos cinco metros de diámetro y pesaba, incluyendo la carga de los dos tripulantes, tres toneladas y media, masa que impulsarían los cohetes, en fases sucesivas, hasta el espacio exterior.

El general avanzó, pulsando una palanca exterior. La puerta, un casquete esférico, giró suavemente sobre sus goznes, dejando ver parte del interior del aparato.

—Vamos.

Una vez dentro, se hallaron en la única sala disponible, donde todo había sido calculado matemáticamente, de manera a aprovechar hasta la última pulgada cuadrada de espacio.

—Esta parte —dijo el militar, señalando un trozo transparente del satélite— ha de ser la proa. Gracias a unos cohetes adicionales, podréis hacer girar esta ventanilla, de forma a poder observar, en cualquier momento, la totalidad del horizonte visible.

—¿Qué es esto? —inquirió Kunov, señalando una especie de cofre que había en uno de los rincones.

—Eso es el conjunto de aparatos que tendrán que utilizarse en el caso de seguir las instrucciones número 3. Pero nadie puede abrir ese cofre, ni siquiera vosotros.

—¿Cómo nos arreglaremos entonces?

—En caso de que nuestro país lo juzgue necesario, un tren de ondas abrirá la cerradura electrónica. Esas ondas serán lanzadas desde la Tierra, No podemos fiarnos de los nervios excitados de dos jóvenes como vosotros, ya que lo que hay ahí dentro significa, sencillamente, la más alucinante de las guerras que ha cocido el mundo.

CAPÍTULO II



odeaban al cohete que iba a lanzar al Space una veintena de personas incluidos los representantes de la prensa. Su brillante cúpula centelleaba allá arriba, cincuenta y seis metros por encima del nivel del suelo.

Un cordón de policía rodeaba cuidadosamente la base de lanzamiento, en la que nadie podía penetrar y en la que, en realidad, nadie había entrado todavía.

Saliendo del edificio donde se alojaban, los dos hombres que iban a ser los primeros en visitar el espacio exterior, marcharon hacia el aparato, acompañados, exclusivamente, por el comandante Marshall y sus dos compañeros de equipo a los que la suerte no había favorecido en el sorteo.

Donald estaba radiante y la sonrisa no le abandonaba ni un solo instante; en cuanto a Wilson, su rostro estaba completamente hermético y un tanto serio; dejando que de vez en cuando sonriesen sus labios, de una manera efímera y un tanto forzada.

Detrás de ellos, Rudolph y Tom hablaban animadamente. El comandante iba junto a los dos primeros, silencioso y pensativo.

Todos los muchachos de la Prensa, así como las cámaras de televisión les enfocaron, estallando los relámpagos de los «*flashes*» a su alrededor.

—¿Unas palabras, comandante?

Raymond se encogió de hombros y sonrió. Le era imposible evitar que sus muchachos dijesen algo.

—Sí —concedió—, pero solamente dos minutos. Y puso en marcha su ya célebre cronógrafo.

Uno de los periodistas se acercó, inmediatamente seguido por los demás, a los dos exploradores del espacio cósmico.

—¿Cómo se encuentra el ánimo de un hombre que va a abandonar la Tierra? —inquirió el periodista.

—¿Se refiere usted a lo que se experimenta en estos momentos? —preguntó a su vez Donald, con una sonrisa en los labios.

—Eso es.

—Pues se lo voy a decir, muchacho. Lo mejor de todo esto es que se puede uno escapar, tranquilamente, a los que quieren cobrar facturas que, con un poco de suerte, no cobrarán jamás.

Todos rieron a carcajadas.

—¿Y usted? —preguntó el periodista, dirigiéndose a John.

—Prefiero no hacer manifestación alguna.

Frunció el comandante el entrecejo, ya que no esperaba aquella inesperada reacción del muchacho; pero no dijo nada.

Entretanto, el periodista, viendo que no había nada a hacer con Wilson, se dirigió nuevamente a su compañero.

—¿Qué pediría usted, lo primero, al regresar a la Tierra?

—Un mes de permiso, doscientos mil «pavos» y una semana en Italia.

—¿En Italia?

—Si, para elegir entre Sofía Loren y Gina Lolobrigida.

Otro coro de carcajadas.

—Finalmente, ¿qué desea usted que digamos al pueblo americano?

—¿De mi parte?

—Si.

—Pues, díganle que esperamos cumplir con nuestro deber y que,

cada vez que pasaremos por encima de los Estados Unidos, verteremos una sincera lágrima. Eso es todo.

Hubo algunos aplausos y el comandante hizo un gesto dando por terminada la entrevista.

Luego, acercándose a John, preguntó:

—¿Qué demonios te ocurre, Wilson?

—Nada, señor.

—¿No me ocultas algo?

—La aseguro que no; quizás es que estoy un poquitín emocionado.

—Es natural. Vamos.

Atravesaron la barrera de los centinelas, dirigiéndose, al mismo tiempo que un grupo de técnicos, al sitio donde se levantaba la grúa que iba a subirles al satélite.

Antes empezaron a ponerles los pesados trajes espaciales, que cayeron sobre ellos con sus noventa y cinco kilos de peso. Antes de cerrar la escafandra esférica, Raymond les estrechó, silenciosa y emocionadamente, la mano.

Cerraron las escafandras y Wilson primero y su compañero después, fueron elevados, con la grúa, hacia lo alto del cohete mixto, posándolos en una plataforma, que luego sería retirada, junto a la escotilla abierta del satélite.

Desprendiéndose del gancho de la grúa, John se posó torpemente sobre la plataforma, entrando después en la esfera. Detrás lo hizo Donald.

Éste cerró la escotilla, quedando, a partir de aquel momento, completamente aislados del mundo, con el que, por el instante, sólo podían comunicarse con el aparato de televisión, cuya utilidad desaparecería en cuanto saliesen al espacio.

Justamente, en aquel momento, Donald estaba ante el aparato, en cuya pantalla no tardó en aparecer el rostro bonachón del comandante.

—¿Cómo va eso, muchachos?

Donald sonrió.

—Estupendo, señor.

—De acuerdo. Vamos a poner nuestros cronógrafos al unísono, ya que sólo faltan seis minutos para la hora «H».

Dictó luego la hora y los dos astronautas identificaron las de sus

respectivos relojes con la que Raymond les había dado.

—Bueno, chicos. Voy a encargarme del lanzamiento. No hace falta que os desee buena suerte, ya sabéis que me tenéis a vuestro lado, pase lo que pase.

—Gracias, señor.

Se borró la imagen y Donald desconectó definitivamente el aparato. Luego, dirigiéndose a su compañero estaban comunicados por radio, que llevaban en sus trajes del espacio.

—¿Qué te pasaba antes, John?

—Nada. Un poco de emoción.

—¿Te has tranquilizado ahora?

—Por completo.

—Eso está mejor. ¿Nos sentamos en nuestros sillones de tortura?

Wilson sonrió; después, asintiendo con un gesto de cabeza, tomó asiento en su sillón, colocándose los cinturones de seguridad y dando a la palanca, que hizo que el asiento basculase como el de un barbero.

Donald le imitó.

—¿Estás bien? —inquirió, al cabo de un momento.

—Perfectamente.

—Ahora no nos toca más que esperar. ¿Qué hora tienes?

—Menos tres.

Tres vueltas del secundero y bajo ellos, casi a cien metros, se encenderían los líquidos del primer cohete, lanzándolos ferozmente hacia arriba.

Donald frunció el entrecejo.

Hasta aquel momento, lo había tomado todo a broma, diciéndose que aquello no iba a ser más que un estupendo paseo que, al mismo tiempo, les cubriría de gloria, ya que iban a ser, indiscutiblemente, los primeros hombres en salir al desconocido espacio exterior.

Pero ahora…

La tremenda quietud del aparato, el denso silencio que reinaba en el interior del cohete; todo contribuía a hacer que una rara sensación de angustia fuese penetrando en su espíritu, ladina y traidoramente…

No pudo más y para huir de aquel cepo que le oprimía el pecho, preguntó a su compañero la hora que era, incapaz de levantar el

brazo para verlo por sí mismo.

—¿Qué hora es, John?

—Falta solamente un minuto, Donald.

¡UN MINUTO!

Cerró los ojos, haciendo lo imposible por evitar el empezar a contar; pero sin conseguirlo.

Veintitrés… veinticuatro… veinticinco…

Sabía perfectamente que aquello que contaba no eran los segundos de su reloj, sino los latidos de su corazón, que iba mucho más aprisa que la manecilla del segundero.

Cuarenta y siete… cuarenta y ocho… cuarenta y nueve…

Hacía muchísimo tiempo que se habían terminado los fracasos del principio y ya no se volvieron a ver aquellos rostros descompuestos en Cabo Cañaveral; pero tampoco podía olvidar que AQUÉL era el primer intento para enviar un satélite artificial con gente dentro y que ÉL, DONALD OLSEN, ESTABA PRECISAMENTE ALLÍ, casi ya camino de la negrura del espacio.

Cincuenta y nueve… sesenta…

No ocurrió nada, lo que volvió a demostrarle que había contado demasiado rápidamente, como si tuviese prisa per acabar con la horrenda duda que le barrenaba el cerebro.

El trueno le sobrecogió tan intensa como descuidadamente. Era algo así como un temblor que sacudía todo, como si algo tremendo acabase de estallar a sus pies.

¡Y eso era, precisamente, lo que debía haber ocurrido!

La masa de combustible se había inflamado, explotando sesenta metros más abajo, en las toberas del primer segmento, lanzando por ella una masa de nueve toneladas de gases, que buscarían afanosamente un sitio para estrellarse.

Luego, el silencio.

La seguridad de que el experimento había fracasado le llenó, sin saber por qué, de un júbilo casi infantil. Si el lanzamiento había fracasado, no formaría parte del próximo, de eso estaba completamente seguro, ya que nadie, ni el mismísimo presidente en persona, lograría obligarle a convencerle de que volviese a subir en aquella cárcel metálica.

El silencio era tan completo, que pensó que lo mejor sería levantarse y asomarse por la mirilla transparente, o hacer funcionar

el aparato de televisión para enterarse de los pormenores del fracaso.

Pero, al intentar incorporarse, notó que una fuerza tremenda le aplastaba contra su asiento y que todo esfuerzo era inútil.

La verdad se abrió paso en su mente.

¡Habían sido lanzados!

La ausencia de ruido significaba, simplemente, que marchaban hacia arriba, a mucha más velocidad que el sonido, dejando detrás, incapaz de alcanzarlos, el fragor de las explosiones de los cohetes y el rugido de los gases que salían inflamados por las toberas.

—¡Dios mío! —musitó.

La idea de que la Tierra se iba quedando progresivamente más lejos le procuró una nueva sensación de angustia, como si aquella esfera de la que se alejaban a tan tremenda velocidad hubiese sido la expresión de la única posibilidad de vida y el viaje una agonía en cuyo final no podría hallarse más que la muerte.

Sobrecogido, mantuvo los ojos fuertemente cerrados, incapaz del menor movimiento, pensando solo y aferrándose a aquella facultad de pensar como la demostración inequívoca de que seguía viviendo.

El recuerdo del «Sputnik» en el que viajó la perrita «Laika» le asaltó bruscamente. E intentó recordar los detalles de todo lo que había leído sobre aquel asunto, comparándolo con su propia situación.

Le parecía leer, por anticipado, los editoriales de la prensa en los que se comunicaría al mundo que los dos hombres del «Space» no daban señales de vida.

Poco a poco, las esperanzas seguirían disminuyendo, hasta que nadie dudase de que allá arriba, a muchos kilómetros de la superficie, dos cadáveres flotaban en el espacio, dentro de una especie de sarcófago metálico, cuyos mecanismos automáticos continuarían enviando señales a la Tierra, mientras los cadáveres, incapaces de corromperse en el frío estelar, yacerían en el interior del satélite hasta que éste se destrozase al frotar con la atmósfera.

Era una sensación desgarradora, sobre todo porque no podía hacer nada por evitar el destino, que parecía íntimamente unido a la fuerza de los gases que salían por las toberas.

¿Por qué toberas?

Debían haber dejado caer ya el primer trozo del cohete o quizá

hasta el segundo. Si así fuese, la tercera porción se encargaría, lograda ya la altura deseada, de lanzarlo definitivamente en la órbita calculada, empezando entonces el interminable giro alrededor del planeta.

La presión que había experimentado sobre su pecho y que le pareció una losa que le aplastaba casi, fue cediendo paulatinamente y su respiración se hizo cada vez más normal.

No recordó nunca cuánto tiempo tardó en considerarse definitivamente bien; lo que no olvidarla jamás fue que acercó sus trémulos labios al micrófono, situado en la parte inferior de la pieza que sujeta el mentón, en el interior de la escafandra y que musitó, más que dijo:

—¿Estás ahí, Wilson?

La voz de su amigo le llegó lejana, como si le hablase del otro lado del mundo.

—Sí, Donald… ¿Qué tal?

—Lo he pasado bastante mal… ¿Y tú?

—Yo también lo he pasado bastante apretadillo. Creí que iba a ahogarme, palabra.

Hubo un silencio, como si ambos jóvenes lo necesitasen para rememorar la angustia que acababan de atravesar.

Luego habló Wilson:

—¿Dónde estaremos, amigo?

—No lo sé. Si seguimos mejorando de estado, nos levantaremos enseguida, ¿no te parece?

—Creo que sería lo mejor que pudiésemos hacer.

Donald se movió, deshaciendo las hebillas que ligaban sus cinturones de seguridad. Maniobraba despacio, con todo cuidado, como si en vez de correas se tratase de objetos frágiles.

Finalmente, se halló completamente libre.

Estaba decidido a ponerse de pie y dar una sorpresa mayúscula a su amigo que, sin duda alguna, estaba esperando para ponerse de acuerdo y levantarse al unísono de Donald.

«¡A la una… a las dos y… a las tres!».

Se incorporó, aterrorizándose al mismo tiempo, ya que se vio lanzado, a una velocidad vertiginosa, contra la pared opuesta del satélite, pasando por encima del sillón donde yacía John y golpeándose, primeramente, en el techo cóncavo y, finalmente,

contra la pared repleta de instrumentos.

El dolor le hizo emitir, muy a pesar suyo, un grito y oyó la voz de Wilson que, angustiosamente, le preguntaba qué le ocurría.

—¡No te muevas de tu asiento, muchacho, por el amor de Dios!

—Pero ¿qué te ha pasado?

—He salido lanzado contra el techo y me acabo de pegar un golpe de aúpa.

Llegó a su micrófono la risa de su compañero.

—¿Puede saberse lo que te está haciendo tanta gracia? —inquirió, con un tono de amargura en la voz.

—¡Eres un cabezota, Donald! ¿Cómo has podido olvidar lo que te han repetido tantísimas veces?

—¿De qué se trata?

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Es que has olvidado que a la velocidad que nos movemos y a la altura que debemos estar, ya no existe la fuerza de la gravedad?

Olsen tardó un poco en contestar.

—¿Y quién iba a acordarse en estos instantes de esa maldita gravedad de todos los diablos? Yo quería, sencillamente, sorprenderte al llegar junto a ti; pero, si llega a estar la ventana abierta, seguro que aparezco en Cabo Cañaveral, flotando como uno de esos Michelines de propaganda.

—¿Te has hecho mucho daño?

—Ya se ha pasado; pero el susto no.

—Voy a soltarme.

—Ten mucho cuidado.

Donald había girado su cuerpo, con toda clase de precauciones y observaba, casi pegado al techo, el sillón donde su amigo estaba en aquel momento desasiéndose de las correas que le sujetaban al asiento.

Siguió curiosamente la maniobra de John; después, cuando el joven logró soltarse de los sujetadores, estuvo a punto de repetir la advertencia de que tuviese cuidado, pero llegó demasiado tarde.

Wilson, de la misma manera que le había ocurrido a él, salió disparado, como una exhalación, chocando violentamente con el techo. Al hacer un nuevo esfuerzo para separarse de la parte superior del satélite, se vio proyectado contra el suelo, desde donde rebotó nuevamente hasta que, al pasar junto al sillón, consiguió

aferrarse a uno de sus brazos, chocando contra el asiento media docena de veces.

—¡Pareces de goma! —exclamó Olsen, riéndose.

—Es espantoso —replicó John—; creí que no iba a parar jamás de darme golpes; pero, por fortuna, no me he hecho daño.

—Mejor. Ya veo que tendremos que aprender a movernos, lo que va a ser un poquito difícil, ya que, sin darnos cuenta, ponemos en cada movimiento la energía que era necesaria emplear para realizarlo en la Tierra.

—Voy a ver si puedo lograr un control. Además, debemos coger los zapatos imantados.

—¡Es verdad!

Wilson se movió, lentísimamente, haciendo que su amigo pensase en las imágenes cinematográficas obtenidas con cámara lenta. El joven, tras lograr incorporarse a medias, se movió hacia uno de los rincones, abriendo, con sumo cuidado, un armario, del que extrajo dos pares de botas, cuyas suelas metálicas les retendrían al suelo del satélite, bajo el que había sido dispuesto un electroimán de cierta potencia.

Una vez se hubo calzado, Wilson se movió tranquilamente, con una sonrisa de triunfo en los labios. Y mirando hacia el techo, donde seguía flotando su amigo dijo:

—Ya puedes bajar.

Donald demostró ser menos hábil que el otro, ya que se golpeó varias veces antes de lograr situarse al lado de Wilson. Después, cuando hubo calzado el par que le correspondía, suspiró satisfecho.

—¡Uf, qué descanso!

Se dirigieron juntos, con una ansiedad apenas contenida, hacia el visor de proa, al que pegaron sus escafandras, lanzando una mirada al exterior.

Ya no podía caberles la menor duda.

Aquello, plateado y redondeado, que flotaba en el espacio, muy lejos de ellos, era la Tierra.

CAPÍTULO III



ontemplaron arrobados la superficie del planeta, sobre la que las nubes les impedían ver el contorno de su conocida geografía. La emoción que se apoderó de ellos, les mantuvo sellados los labios durante largo rato, incapaces de hacer otra cosa que mirar hacia el exterior, contemplando un espectáculo que ningún hombre, antes que ellos, había visto.

—¡Lo hemos logrado, Wilson!

—¡Sí, Donald, lo hemos logrado!

—¡Hemos sido los primeros del mundo!

—Claro que sí. Los Estados Unidos pueden estar orgullosos.

Se abrazaron, estrechándose con los densos guantes que llevaban, como dos figuras grotescas, que hubiesen hecho sonreír al que los mirase.

—¡Hay que comunicar con el comandante!

—Eso es. Debemos llevar ya un buen rato dando vueltas a la Tierra.

Se movieron, todo lo rápidamente que les permitían sus pesadas botas —la atracción del imán los parecía peso—, acercándose al transmisor de radio. Al aproximarse, oyeron los silbidos de las emisoras automáticas.

—Deben estar oyéndonos desde el principio.

—Marshall estará preocupado, creyendo que nos ha pasado algo.

—Transmite tú —dijo Wilson.

Donald se arrodilló junto a la emisora y conectó su micrófono con el aparato del satélite.

—«Space» llamando a Base…

No sabían en aquel momento si pasaban precisamente sobre los Estados Unidos o sobre otra parte cualquiera del planeta. Pero seguros de que la velocidad les haría sobrevolar la zona de la patria, emitieron sin cesar, lanzando siempre la misma llamada.

—«Space» llama a Base…

Hasta que, repentinamente, el altavoz trajo al espacio una nueva voz y con ella llegó el calor de los hombres que tan lejos estaban.

—¡Base contestando a «Space»! ¡Bravo, muchachos! ¡Lo habéis logrado!

—¿Nos oye bien, comandante?

—Perfectamente. No podéis imaginaros la alegría que se respira hoy en todo el país; es decir, en todo el mundo, ya que la noticia se ha corrido como reguero de pólvora. ¿Cómo os ha ido?

—Bastante bien, aunque no sabemos dónde estamos.

—En la órbita prevista, muchachos. A tres mil kilómetros, aproximadamente.

—¿Cuánto tiempo tardamos en dar la vuelta?

—Unas dos horas y media. Tenéis quince minutos de emisión positiva con nosotros. Ese tiempo tendremos que aprovecharlo muy bien.

—Lo comprendemos. ¿Cuáles son las órdenes?

—A eso iba, precisamente. Hay, en el compartimento número 25, un sobre lacrado que tenéis que abrir. Seguid al pie de la letra lo que dice en el pliego que contiene.

—De acuerdo.

—Otra cosa. Id anotando todo lo que pase de extraordinario, pero nada más que eso, ya que los aparatos automáticos nos van transmitiendo todo lo que deseamos saber. ¿Habéis comido?

—Aún no.

—Hacedlo cada seis horas, sin descuidaros. El frío de les rápidas noches desgasta mucho la energía del organismo. Tendréis un día de una hora y cuarto y una noche de, aproximadamente, la misma duración. Creo que los aparatos de conservación de temperatura marcharán bien; pero, no obstante, vigiladlos constantemente.

—¿Algo más?

—Nada. Se está acabando el tiempo de emisión y pronto estaréis lejos del alcance de nuestras emisoras. De todas formas y por si algo os ocurriese, tenemos escuchas en Francia, Inglaterra, España, Turquía y un buen número de países asiáticos. Ya sabéis que la clave es «Space».

—Perfectamente.

—Bueno, muchachos, seguid como hasta ahora y pedidme todo lo que queráis.

La voz se debilitó seguidamente, hasta apagarse en un eco ronco.

Donald se volvió hacia su compañero.

—¿Qué te parece?

—Me alegro de haberlo conseguido. ¡Imagínate la alegría que tendrán hoy nuestros paisanos!

Hubo una corta pausa.

—Oye, Wilson, ¿qué demonios querrá decir eso de las instrucciones del sobre lacrado?

—Es verdad. Veámoslo ahora mismo.

Momentos más tarde, Wilson desgarraba nerviosamente el sobre, sacando un papel azul, que desdobló cuidadosamente.

—Lo ha firmado Marshall —dijo.

—Léelo —rogó su compañero—. No puedo más de impaciencia.

—Ya voy.

Y colocándose del lado de la luz, que pendía del techo:

De la Comandancia de la Base de Cabo Cañaveral a los pilotos del satélite artificial «Space». Este pliego, que solamente será leído de haberse logrado favorablemente la órbita prevista anteriormente, hace saber a los pilotos del «Space» la verdadera misión que se les ha encomendado y que se explica de la siguiente forma:

»Primero. —El lanzamiento del “Space” constituye la primera fase de la definitiva conquista del espacio exterior, conquista que,

hoy más que nunca, necesitan los Estados Unidos para poder garantizar, como hasta ahora, la paz de los países libres.

»Segundo. —El “Space”, siguiendo los planes establecidos por nuestros hombres de ciencia, especialmente por Von Braun, constituirá el núcleo primario de la primera estación espacial que el Hombre tenga en el espacio.

»Tercero. —Veinticuatro horas después de lanzado el “Space” y cuando se considere que su situación y marcha corresponden a los cálculos previstos, situándolo fuera de cualquier órbita perjudicial, que acabase lanzándolo contra la atmósfera, se procederá al lanzamiento de los “elementos” que, yuxtapuestos, irán formando la Gran Estación Espacial de los USA.

»Cuarto. —Los pilotos del “Space” llevarán a cabo todos los trabajos necesarios para el montaje de esa estación que, debido a las especiales condiciones del espacio exterior, no serán excesivos para los dos hombres.

»Quinto. —Una vez montada la Primera Estación Espacial, se procederá al lanzamiento de la guarnición de ella, relevándose, en dicho momento, a los pilotos del “Space”, que serán recompensados por el país agradecido.

»Sexto. —Hasta la llegada de la precitada guarnición, los pilotos del “Space” considerarán el satélite y la estación, cualquiera que fuese su estado, como un trozo integrante del suelo de los Estados Unidos de América, viéndose obligados a defenderlos, con la vida si fuese preciso, ante cualquier atentado extraño.

* * *

El helicóptero se posó blandamente sobre la terraza, con la suavidad de una grácil libélula.

Pero para los hombres que trabajaban día y noche en el montaje del colosal cohete «Ucrania», la llegada del aparato no tenía nada de agradable, ya que el comisario Ilionov significaba siempre situaciones equívocas y castigos disparatados.

Saliendo apresuradamente de su despacho, situado en la misma terraza, el obeso general Tonovitch corrió, sobre sus cortas piernas, hacia el hombre delgado y erguido que acababa de descender de la cabina del aparato.

—¡Camarada Comisario!

El otro le miró fríamente, sin preocuparse lo más mínimo en disimular el desagrado que le causaba verle.

Había venido, en la última semana, dos veces desde Moscú, para instar a los que laboraban allí a que terminasen cuanto antes el trabajo, ya que el Kremlin deseaba lanzar el «Ucrania» lo antes posible y el lanzamiento se había retardado por la rotura de uno de los segmentos, que se había escapado misteriosamente de la grúa que lo estaba montando sobre el principal.

Aquel fracaso había costado el destierro —y probablemente la vida— a dos de los técnicos más importantes. Dos nuevos habían llegado de la ciudad de Atomgrado y trabajaban ahora, como todos, a la máxima velocidad, para conseguir montar definitivamente el colosal aparato.

—Todo va bien, camarada Comisario —decía Tonovitch, siguiendo con dificultad el largo paso del otro.

—Eso espero. Vamos a tu despacho.

Cerró la puerta tras sí y tomó asiento en el sillón, detrás de la mesa, dejando al general que se sentase en el de los visitantes.

—¿Ya sabes que los americanos han conseguido un verdadero éxito?

—No sabía nada, camarada.

—Es verdad. La agencia Tass no ha dado aún la noticia, ni «Pravda» ha publicado nada. Pero, de todas formas, ésa es la verdad: los yanquis han lanzado el «Space», que se mueve ahora por la órbita prevista, a tres mil kilómetros de la Tierra.

—¿Y… no caerá?

—Eso es lo que estamos estudiando en este momento. La órbita lograda por los americanos parece, a primera vista, perfecta, y ellos están plenamente convencidos de que el «Space» se mantendrá en su trayectoria un tiempo indeterminado; pero, de todas maneras, esperaremos.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque desconocemos los propósitos de los estadounidenses. ¿Para qué han lanzado el satélite? ¿Piensan como nosotros en el dominio del espacio exterior? —Y después de una pausa—: Los americanos pueden haber lanzado su satélite artificial tripulado para dar mayor fuerza a su propaganda, haciendo ver a

los demás países capitalistas que siguen siendo el «faro de occidente», «la nación más poderosa de la Tierra», etcétera. Si ha sido así, nada nos importa el «Space» y seguiremos nuestros estudios y nuestros planes, sin hacer caso de todas esas estupideces. Pero si se trataba de otra cosa…

—De que tuviesen nuestros mismos deseos, ¿no es cierto?

—Eso es. Si los yanquis se proponen controlar el espacio exterior, tal posición sería una amenaza directa para la Unión Soviética y entonces intervendríamos, de una forma que no dejase lugar a dudas, sobre nuestros reales propósitos.

—Entiendo.

—Por eso necesitamos que el «Ucrania» se termine enseguida y que no vuelvan a repetirse los fallos del montaje. Verdad es, entre nosotros, que nuestro cohete es casi doble que el de los americanos y que nuestro satélite, a pesar de llevar dos tripulantes como el «Space», tiene diez veces su diámetro, debido a la «carga especial» de que está dotado. Pero, a pesar de todo esto, no podemos consentir la menor demora.

—Creo que acabaremos de montarlo solamente en dos días.

—Me parece bien. De todas maneras, no procederemos a su lanzamiento hasta no conocer, exactamente, las intenciones del enemigo.

—Hablas como si estuviésemos en guerra, camarada Comisario.

Éste le miró despectivamente.

—¿Y no lo estamos?

—¿Tú crees?

—¡Naturalmente! La guerra fría, que hemos sostenido todos estos años, no era más que una escaramuza sin importancia. Ahora, amigo mío, la verdadera guerra es inevitable, ya que quien domine el espacio exterior será el dueño del mundo.

—¿Cómo lo entiendes?

—Muy fácilmente. Los satélites tripulados y las futuras estaciones girarán alrededor de la Tierra, sobrevolando todos los continentes. Su posición ofensiva será formidable y, además (y eso es lo más importante), estarán fuera del alcance de cualquier arma humana.

—¡Es fantástico!

—¿Supones lo que significaría que una estación americana nos

sobrevolase cada dos horas?

—Apenas…

—Pues debes imaginártelo. Desde ella pueden enviarse proyectiles dirigidos, con puntas atómicas o nucleares, que ninguna clase de defensa lograría parar. Así, los tripulantes de una estación del espacio serían, al mismo tiempo que su gobierno, los dueños absolutos del mundo. Cualquier desobediencia sería aplastada en pocos instantes.

—¡Pero eso es horrible!

—Eso es, sencillamente, la realidad. Y tenemos que vivir con ella, si es que queremos vivir.

Hubo un corto silencio; después el comisario dijo:

—Todo depende, como te he dicho antes, de las intenciones de los americanos. Si se limitan a mantener el satélite, recuperando después a sus dos tripulantes, si se conforman con la gloria de haber sido los primeros en lanzar seres humanos al espacio, el peligro de una nueva guerra será menor de lo que ahora tememos.

»Pero si sus deseos estratégicos coinciden con los nuestros, y esto es lo más seguro, se iniciará una guerra completamente distinta a las que la humanidad ha conocido hasta ahora… ¡Una guerra de satélites artificiales!

—¿Podremos ganarla?

—Indudablemente. Nuestra preparación es mayor y más importante que la de los americanos.

—¿Y no pueden ellos poseer los mismos medios?

—Teóricamente, sí; pero no conociendo nuestros planes, es casi seguro que los reserven para un próximo porvenir.

—Eso nos da una cierta ventaja.

—Sí.

Guardaron silencio, saliendo después, a un signo del comisario, para visitar la marcha de los trabajos.

El «Ucrania» se levantaba ya, como una torre imponente, apuntando al cielo con su extremo brillante y plateado.

—¿Cuándo colocaréis el satélite?

—Esta misma noche.

—Tened mucho cuidado. Si colocáis las redes protectoras, evitaréis una catástrofe, en caso de que, como la otra vez, fallen las grúas.

—Sí que las colocaremos, camarada; pero, de todos modos, he dispuesto cinco grúas que trabajarán, al unísono, para elevar el cuerpo del satélite.

—¿Y los pilotos?

—En sus habitaciones.

—Vamos a verlos.

Atravesaron la amplia explanada, deteniéndose ante la puerta de uno de los pequeños edificios adicionales, donde habitaban los dos hombres que iban a tripular el «Ucrania».

Momentos más tarde, estaban junto a ellos.

—¿Cómo van esos ánimos, camaradas? —inquirió el comisario Ilionov, después de tomar asiento en uno de los sillones de la estancia.

—Nos devora la impaciencia —dijo Kunov.

—Lo comprendo; pero hay que saber refrenarse. Se os va a exigir una clase de labor en la que el esfuerzo será constante, ya que es posible que el enemigo no se limite a encajar el golpe que vamos a propinarle.

—Estamos dispuestos.

—Ya lo sé.

Encendió Ilionov un largo «papirosi». Y después de lanzar una bocanada de humo azulado hacia el techo preguntó:

—¿Habéis leído las instrucciones número tres?

—Sí, camarada.

—¿Qué os ha recordado?

Fue Skolenko quien contestó.

—A mí me han recordado la guerra submarina.

—Perfectamente. Veo que lo habéis entendido como yo pensaba. Y os habréis dado cuenta de que, tal y como se considera al enemigo en esas instrucciones, no tenéis que temer nada, al menos al principio.

—Sí, ya lo he visto.

—Después, si las cosas se complican, ya no estaréis solos. Los nuevos elementos que se os enviarán estarán acompañados por nuevos satélites, lo que hará que nuestra Base Espacial sea lo suficientemente importante y poderosa para evitar el establecimiento de cualquier otro satélite que el enemigo ose enviar.

—De acuerdo.

Ilionov se levantó.

—Ya no tengo que hacer nada aquí. Por fortuna, todo marcha perfectamente bien y ya no nos queda más que esperar las órdenes pertinentes.

—¡Ojalá lleguen pronto!

El comisario miró a Dimitri y sonrió.

—No te preocupes, camarada Skolenko. Regreso Inmediatamente a Moscú y estoy seguro de que allá ya conocerán las verdaderas intenciones de los americanos. ¡Pronto podréis demostrar a esos perros yanquis la verdadera potencia de nuestra patria socialista!

Se cuadraron, militarmente, estrechando después la mano que el comisario les tendía.

Éste y el general Tonovitch salieron a la explanada.

—Es excelente la moral de estos muchachos —dijo Ilionov.

—Llevan cerca de un año preparándose intensamente y es natural que estén deseando demostrar de lo que son capaces.

Y sonrió, orgulloso, seguro de que el comisario informaría favorablemente en Moscú del estado de aquella Base de la que iba a depender el futuro de la hegemonía soviética del mundo.

CAPÍTULO IV


odolph tiró el cigarrillo, al detenerse en la acera, aplastándole, con una rabia incontenible, con el tacón de su zapato. Después, antes de entrar en la casa, junto a cuya puerta se había detenido, lanzó una mirada nada agradable a los periódicos que colgaban de los bastidores del quiosco que había al lado.

¡Por todas partes igual!

Desde que el «Space» había llegado a su órbita, todo había sido gloria y entusiasmo hacia los dos hombres que habían hecho posible aquel triunfo de los Estados Unidos de América.

La prensa, la radio, la televisión…, todos los medios de difusión no cejaban en loar la hazaña, con términos cada vez más entusiastas. Y los nombres de Donald Olsen y John Wilson habían recorrido el mundo, haciéndose los más famosos de todas las épocas.

«HOMBRES DEL ESPACIO»… «PIONEROS DE LAS ESTRELLAS»…

«CABALLEROS ESTELARES»… «SEÑORES DEL INFINITO»…

¿Qué no había sido dicho sobre ellos? ¿Qué adjetivo encomiástico faltaba para colocarlo detrás de los nombres de aquellos dos hombres?

Fleet se mordió los labios, profundamente herido.

Ahora se daba cuenta —perfectamente— de la jugarreta que le había hecho su miedo, su cobardía, ya que estaba completamente seguro de que el «Space» no llegaría jamás a la órbita que los investigadores le habían señalado…

¡Y había dejado escapar aquella magnífica y única ocasión!

¡Qué imbécil había sido!

Porque ahora, por lo que había oído decir al comandante Marshall, estaba completamente seguro de que John regresaría. Y sólo pensar en el recibimiento triunfal de que sería objeto, de todo lo que iba a recibir como premio a su audacia y a su valor, le ponía tremendamente enfermo.

Penetró en el portal, cogiendo el ascensor que le dejó en la última planta. Una vez allí, llamó a la puerta, siendo recibido por una linda enfermera que le sonrió, saludándole.

—¡Buenos días, señor Fleet!

—Hola, señorita Emma. ¿Cómo está Mary?

—Un poco mejor.

Atravesó él el pasillo, llegando a una habitación, al fondo de la casa, cuya puerta estaba ligeramente entreabierta.

—¿Eres tú, Rudolph? —inquirió una vos cantarina, desde dentro.

—Sí.

Empujó el joven la puerta, lanzando una mirada al lecho en el que yacía una muchacha rubia, muy linda que, apoyada sobre dos almohadones, tenía sobre la colcha verdaderos montones de periódicos.

La vista de aquellas fotos, sobradamente conocidas para él, hizo que Rudolph frunciese el entrecejo.

—¿Cómo te encuentras? —dijo, posando un frío beso sobre la frente de la muchacha.

—¿Cómo quieres que me encuentre? ¡Maravillosamente bien! ¡Con todo esto a mi alrededor! —Y señaló con un gesto de triunfo los periódicos que la rodeaban—. ¡Qué éxito, amor mío! Emma me

ha comprado prensa extranjera y, aunque no entiendo ni una sola palabra, me llena de alegría el ver el nombre de John por todas partes y su foto, en la primera plana de todos los periódicos del mundo…

—Sí, ya lo veo.

—Es una sensación estupenda —prosiguió ella, cada vez con un mayor brillo en sus ojos azules—. ¡Ser la hermana de un héroe como John! ¡Qué maravilla!

Fleet se notaba nervioso y su irritación no dejaba de crecer. Al mismo tiempo, contraía espasmódicamente los músculos de la cara, lo que hacía que su rostro se endureciese por momentos.

—¿Has leído el artículo del «Life»? Dicen que les concederán la medalla del Congreso, en cuanto vuelvan y que los nombrarán Caballeros del Espacio, ascendiéndolos a comandantes y proporcionándoles una pensión especial…

Los puños de Rudolph se cerraron con tal fuerza que los nudillos se pusieron completamente blancos.

—El «*Post*», por su parte —siguió diciendo la muchacha, que no se había percatado, llevada por su entusiasmo sincero, de la irritación de su interlocutor—, propone que se les pague un viaje por todo el mundo. ¿Qué te parece?

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Ella le miró con los ojos desmesuradamente abiertos, más sorprendida que asustada.

—¿Qué te pasa, Rudolph? ¿Te sientes mal?

Él se mordió los labios antes de contestar.

—¿Y me preguntas lo que me pasa? ¿Tienes el cinismo de preguntarme qué me ocurre?

—Yo…

—¡Eres tan hipócrita como tu querido hermanito!

—De verdad que no comprendo…

—¡Yo sí que lo comprendo todo! —rugió él, fuera de si por completo—. ¡Sois iguales! ¡El héroe! ¡El Caballero del Espacio!

El brillo de la mirada de Mary se fue apagando paulatinamente y una gran tristeza hizo que la palidez de su rostro se acentuase.

—¿Qué te ocurre? —inquirió, con un hilo de voz.

—¡Que estoy harto de vosotros! ¿Sabes por qué salió tu hermanito en el «Space»? ¿Sabes por qué se ha convertido en un

héroe?

—No lo sé, Rudolph.

—¡Porque me robó mi papeleta en el sorteo! Hizo una canallesca trampa y yo, por ser tu hermano, no le destrocé la cara a puñetazos… ¡Quería, a toda costa, convertirse en un héroe! Y no dudó en cambiar las papeletas del sorteo, abusando miserablemente de nuestras… relaciones.

Mary estaba tan blanca como el almohadón donde reposaba su cabeza.

—¡Eso no es verdad! ¡John es incapaz de hacer una cosa así!

Él se encogió de hombros.

—¡Ya salió la defensa familiar! ¡John no es capaz de una cosa así!… ¡Pobrecito! ¡Es un ángel caído directamente del cielo!

—No debes hablar así, Rudolph; John no lo merece…

—¡Eso es lo que tú crees, infeliz! Además, no debía extrañarme que él, como tú, estuvieseis cargados de hipocresía, de doble… ¡Después de todo, vuestro padre estuvo en la cárcel por falsificador!

—¡¡¡RUDOLPH!!!

—¿Vas a decir que es mentira? ¿Crees que podíais engañarme? ¡Ya procuraré enterarme, leyendo en la hemeroteca los periódicos de la época!…

—¡Basta!

—Te hacen daño las verdades, ¿no es así? ¡El muy honorable señor Wilson condenado a quince años por falsificación de cheques y abuso de confianza!

—¡Basta, te he dicho!

¡No me callaré! Diré a todo el mundo lo que lleva en la sangre ese caballero del espacio… ¡Diré a los periodistas que es el hijo de un delincuente!

Mary respiraba cada vez con mayor dificultad y las palabras salían muy débilmente de su boca.

—Por favor…

—Te das cuenta de que tengo la razón, ¿verdad? ¿Y el daño que me habéis hecho? ¿Crees que voy a dejar que tu hermano se convierta en un héroe, habiéndome robado mi puesto?

—Por favor…

Apareció, en aquel momento, en el umbral, la enfermera, que lanzó una mirada asustada a la muchacha que yacía en la cama.

Después, acercándose al hombre, preguntó:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿No sabe que puede matarla y que no debe tener ningún disgusto?

—¿Quién le ha dado vela en este entierro?

Los ojos de Emma brillaron como ascuas.

—¡Fuera de aquí, malvado! ¡Fuera de aquí, si no quiere que llame a la policía!

Él se encogió de hombros, abandonando la habitación y después la casa. Una vez que la enfermera se percató de que se había ido, corrió hacia el lecho y vio con horror que la muchacha había perdido el conocimiento.

Tomando una de sus muñecas, palpó el pulso, apenas perceptible.

Loca de terror, se precipitó a la sala vecina y marcó nerviosamente el número del doctor que atendía a Mary. Después de avisarle, volvió a la alcoba y se sentó junto a la cabecera de la enferma, sin dejar de palpar el pulso.

La llamada del médico la sobresaltó.

Momentos más tarde, el doctor auscultaba a Mary, con el entrecejo profundamente fruncido.

Emma, a su lado, sentía una angustia creciente que la invadía el pecho. Conocía a los Wilson desde hacía muchísimo tiempo y había tomado el cuidado de Mary a instancias de John, al que apreciaba sinceramente.

El medico se incorporó, guardando silenciosamente sus instrumentos. Después en medio del silencio que reinaba en la estancia, sus palabras sonaron como una verdad terrible.

—Ya no podemos hacer nada por ella… Ha muerto.

* * *

Después de leer el contenido de las instrucciones que acababan de sacar del armarito del satélite, los dos amigos se miraron en silencio.

—¿Qué te parece? —inquirió Donald.

—Que el asunto es muchísimo más serio de lo que pensábamos al principio.

—¿Lo dices por lo de montar la estación?

—No. Lo digo por ese último artículo, en el que se nos previene de un ataque entraño.

—También me ha llamado la atención a mí ese parrafito. ¿A qué se referirá?

—¿Estás tonto? ¿A qué quieres que se refiera? Solamente los rusos son capaces de hacernos una mala pasada.

—No estoy tan seguro de que el aviso se refiera a eso.

—¿Entonces?

—Ahí dice «ataque extraño». ¿No te dice nada esa manera de expresarse?

—A mí, no.

—Pues a mí, sí. «Extraño» quiere decir un ataque que venga del exterior, de los habitantes de otros planetas, por ejemplo.

John, sin poderlo evitar, lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti. ¡Qué imaginación, amigo mío! Ya estás viendo a los marcianos, con sus ocho pares de patas, viniendo a pedirnos la documentación por estas latitudes… ¿Sabes que has equivocado tu profesión y que debías haberte dedicado a escribir novelas del futuro?

—No veo la gracia por ninguna parte.

Durante los días siguientes —para ellos un día duraba más de dos horas— se dedicaron a observar el espacio que atravesaban comunicándose con la Base cuando podían.

Raymond Marshall les advirtió que debían prepararse para recibir los primeros elementos de la Estación Satélite, que iban a ser lanzados enseguida.

—En cuanto estén en vuestra misma órbita —dijo—, podréis salir del satélite, sin olvidar de poneros los «monorreactores» y sin olvidar tampoco de manteneros atados, por un cable de seguridad, al «Space». Las piezas de la estación van numeradas y también los sitios a los que deben ser unidas, en la superficie del satélite. Como no se puede soldar en el vacío, tenéis en el armario 54, una pasta que utilizaréis como cemento para que las piezas queden definitivamente unidas.

—¿Qué tiempo tendremos que esperar para tener toda la estación?

—Un par de días… de los nuestros. El montaje es sencillísimo y

como, gracias a la falta de fuerza de gravedad, el peso no existe, podréis arrastrar las piezas, algunas de siete toneladas, como si se tratase de hojas de papel de fumar.

Donald exclamó:

—¡Formidable!

El comandante dijo:

—No olvidáis, sin embargo, que aunque el peso no existe donde estáis, la masa no ha desaparecido.

—¿Y qué haremos con esa dichosa masa? —inquirió Donald, sin poder evitar una sonrisa ligeramente sarcástica.

—Tener mucho cuidado. Al tirar de las piezas procurad hacerlo lenta y suavemente. Si lo hacéis violentamente, la masa os arrastrará, haciendo inútiles y vanos todos vuestros esfuerzos por acoplarlas al satélite.

Ambos comprendieron la explicación.

—Entendido. ¿Puedo hacerle una pregunta, comandante?

—Las que quieras.

—¿Qué quiere decir eso de «un ataque extraño»? ¿A quién se refiere?

—Pues…

Tardó Raymond Marshall unos segundos en contestar:

—Si lo supiésemos nosotros —dijo, finalmente—, no hubiésemos utilizado la palabra «extraño». ¡Quiera Dios que nos hayamos equivocado y que ese artículo de las instrucciones quede sin valor! Pero tendréis que ser vosotros los que nos digáis, en caso de que ocurra algo, quiénes son esos «extraños».

—De acuerdo.

—En cuanto a conocer el momento en que las piezas de la estación llegarán a vuestra órbita, habréis de utilizar el radar, organizando una serie de guardias ininterrumpidas, descansando uno de vosotros mientras el otro vela.

—O. K.

Así lo hicieron, a partir de aquel instante.

Una de las cosas que divertían más a Donald, cuyo buen humor era constante, consistía en el momento de tomar los alimentos.

Dos de los monumentales armarios del interior del satelice estaban completamente destinados al alimento liquido —una mezcla rica en calorías y vitaminas—, que los astronautas tomaban,

tres veces por día, chupando de unas gomas que surgían de los depósitos.

La primera vez que tomaron «el biberón», como Olsen lo había bautizado, pasaron muy serios apuros, ya que la falta de fuerza de gravedad hacía inútil todo esfuerzo de succión y Donald, que fue el primero en probar la comida, se vio inundado por un chorro imponente que salía del tubo y que, después de atragantarle, cayó sobre el suelo del satélite, inundándolo parcialmente.

John rió a carcajadas.

Se dieron cuenta muy pronto de que el líquido salía sin esfuerzo alguno y que bastaba abrir la espita para que el alimento pasase directamente a sus bocas.

Pero también se dieron cuenta de otras muchas cosas y una de ellas fue el ver que, al abrir la boca, cuando ésta se hallaba llena de saliva, constituía un espectáculo curioso y divertido, y que el líquido salía al exterior flotando en el interior del satélite.

Estas y otras curiosas experiencias les demostraron todo lo que podía ocurrir en un ambiente que, como aquél, estaba exento de la fuerza de la gravedad.

Durante los días siguientes —se habían decidido a contar el tiempo con el reloj de a bordo, ya que la sucesión alocada de aquellos días y noches de dos horas de duración les desorientaba constantemente—, se dedicaron a recoger los trozos de la Estación, que empezaron a llegar poco después, la primera vez que la pantalla de radar marcó la presencia de un objeto en la órbita, constituyó un momento de emoción para ambos jóvenes; después, al ver el trozo de estación que flotaba, no lejos del satélite, se sintieron impelidos por un entusiasmo feroz, saliendo de la esfera donde les parecía estar encerrados una eternidad.

Ligados a los cables de seguridad, se movieron, gracias a los chorros que brotaban de sus «monorreactores», moviéndose con una gran facilidad en el espacio.

Las instrucciones del comandante Marshall fueron seguidas con todo detalle; pero, de todos modos, uno de los grandes trozos estuvo a punto de causarles un mal irreparable, al olvidar Donald lo que Raymond le había dicho de la masa.

En efecto, fuera del campo gravitatorio de la Tierra, el concepto y la realidad de peso desaparecían por completo, pero la masa,

demostrando la densidad material de los cuerpos, seguía imperando y, sin su manifestación de peso, incitaba a errores que podían alcanzar una gravedad extraordinaria.

Así, una plancha de aluminio, de la que se tiraba tan fácilmente como de otra de hierro macizo, poseían distintas cualidades respecto a la aceleración y mientras la primera era fácilmente «frenable», debido a su escasa masa, la segunda, de no tener cuidado, arrastraba a los dos astronautas, y los hubiese hecho estrellarse contra el satélite, hacia el que conducían la plancha, de no haber tenido cuidado en la manipulación.

Las enseñanzas les sirvieron para habituarse rápidamente y después de uno o dos fracasos, por fortuna sin importancia, se convirtieron en verdaderos maestros, montando la estación a una velocidad asombrosa.

El satélite formaba el núcleo central de la estación y los elementos que fueron llegando, constituyeron primeramente los radios de una enorme rueda que, al final, fue la totalidad de aquella base espacial.

Tanto los «radios» como los segmentos circulares estaban completamente huecos y constituían una serie de pasillos que comunicaban el satélite con las dependencias de la periferia, donde había alojamientos para la futura guarnición, laboratorios y otras dependencias no menos importantes.

Seis días terráqueos después del lanzamiento del primer segmento, la Primera Estación-Satélite estaba completamente montada.

Contemplándola desde el núcleo central, la «rueda» tenía medio centenar de metros de diámetro y causaba un verdadero placer contemplar aquella obra que flotaba majestuosamente en el espacio.

Durante una de las jornadas de trabajo, Donald atendió a la llamada cotidiana de la Base de Cabo Cañaveral.

Aquel día, la voz del comandante sonaba extrañamente.

—Tengo que darte una mala noticia, Olsen.

Donald no contestó.

—¿Me oyes? —insistió el comandante.

—Sí, señor.

—La hermana de Wilson ha muerto.

—¿Eh?

—Sí. Ya sabías que padecía del corazón. Parece ser que tuvieron un disgusto, Fleet y ella… muy lamentable.

—Ya sabía yo que Rudolph era el prometido de Mary.

—¿Conocías a la muchacha?

—Sí.

Hubo una corta pausa.

—¿Dónde está Wilson?

—Montando el último tramo, señor.

—Tendrás que decírselo, Donald.

—Lo haré, mi comandante.

Pero, en contra de lo que deseaba hacer, Olsen no se atrevió, en todo aquel día, a decir nada a su amigo. Y fue precisamente éste el que, al empezar la corta noche espacial del satélite, dijo:

—He de decirte algo, Donald.

Olsen se sorprendió, pero dominándose invitó:

—Tú dirás.

—Es algo delicado, que me hubiese gustado decirte antes. Verás —se notaba el esfuerzo que estaba haciendo para encontrar las palabras apropiadas—, yo no debía haber venido contigo.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Que en mi papeleta había escrito «mala suerte».

—¿Eh? ¿Has perdido la chaveta?

—Te estoy diciendo la verdad. Fleet me prometió casarse con mi hermana si accedía, en caso de que él tuviese que venir al espacio, a cambiar su puesto. ¿Recuerdas que él no enseñó su papeleta, estrujándola entre sus dedos?

—Sí, ahora lo recuerdo.

—A él le tocaba ser tu compañero.

—¡El muy granuja!

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te diste cuenta, John, de que obró así solamente por miedo?

—Puede ser; pero yo tuve que hacer lo que me pedía. Ya sabes que Mary tiene una grave enfermedad del corazón y que, después de todo, quiere a Rudolph y su felicidad era para mí lo más importante.

Donald asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Sin embargo, ese granuja se rió de ti.

—No lo creas. Yo estoy muy contento de haber venido contigo.

—Y yo también, John; con toda franqueza, me alegro del cambio. Nunca fui muy amigo de Fleet.

Y no se atrevió, tampoco, a comunicar al muchacho la noticia de la muerte de su hermana.

CAPÍTULO V



levaban once días terrestres en el espacio. La última comunicación de la Base, el día anterior, les había hecho saber que faltaban muy pocos días para que tres satélites, portadores de la guarnición que había de hacerse cargo de la Estación «Space», saliesen de Cabo Cañaveral hacia la órbita que ellos ocupaban.

En aquel momento y gracias a un dispositivo especial que llevarían los nuevos astronautas, los dos pioneros serían devueltos a la Tierra, donde podrían gozar de los honores y el descanso tan bien ganados, Ambos estaban contentos.

Pasaban el tiempo como siempre, vigilando las pantallas del radar y pendientes de la radio, para recibir todas las comunicaciones procedentes de la Tierra.

¡La vieja Tierra!

Se habían acostumbrado a verla «desde fuera», comprendiendo mejor que nunca la pequeñez de los seres humanos, al contemplar,

cuando las nubes se le permitían, el dibujo geográfico de los continentes, donde ni las más grandes ciudades de las que estaba orgulloso el hombre eran visibles.

—Desde aquí —solía decir Wilson— se da uno cuenta de todo lo absurdo que hay en el orgullo humano.

—No debes olvidar que, gracias a ese orgullo, estás aquí.

—Eso es distinto. Nunca he despreciado la inteligencia humana; pero, al ver las cosas como debe verlas un hombre cuando contempla un hormiguero siento nuestra propia pequeñez, nuestra insignificancia.

—Es verdad. Sin embargo, a mí me ocurre algo diferente y encuentro hermoso y emocionante que hayamos logrado llegar hasta aquí. ¿Te das cuenta de que no ha de tardar mucho en llegar el momento en que el hombre viaje hacia otros planetas?

—¿Y qué llevará a ellos? ¿Su odio, su maldad, su ambición desmedida?

—También hay bondad, sinceridad…

—Muy poca, Donald. La criatura humana es muy joven aún. Unos millones de años y ya nos consideramos adultos… ¿Por haber descubierto la utilización del átomo, por haber logrado lanzar unos satélites artificiales o, incluso, por haber llegado a Marte, Júpiter hasta Plutón? Todo eso no es más que, comparativamente, los garabateos que hace un niño sobre su primer cuaderno del colegio… ¿Hay madurez en él porque maneja torpemente la pluma? Tendrán que pasar siglos o quizá milenios hasta que el hombre se encuentre a sí mismo, hasta que la especie humana pueda llegar a la edad adulta. Entonces, solamente entonces, amigo mío, seremos dignos de la grandiosidad de lo creado. Sólo en ese momento podremos hollar los planetas de nuestro Sistema y hasta escapar de él, hacia las lejanas estrellas.

—¿Sabes que hablas como un libro?

Wilson sonrió.

—Son cosas en las que he pensado mucho.

—Yo no pienso tanto; me gusta más vivir en contacto con la realidad.

—Tiene sus peligros; porque la realidad no es tal, en la mayor parte de las veces.

El sonido del zumbador de la radio cortó la conversación y

Donald se precipitó hacia el aparato.

—Base llama a «Space»…

Era la voz del comandante Marshall.

—«Space» contesta a Base.

—¿Qué hay, Donald?

Estaba acostumbrado a comunicar con Olsen, ya que Wilson no cogía jamás el micrófono.

—Todo en orden, mi comandante.

—Está bien.

—¿Cuándo llegan nuestros amigos?

—Muy pronto. Todo está preparado. ¿No ha habido ninguna novedad?

—Ninguna. Hemos controlado, como nos ordenó, la potencia de la caída de los rayos cósmicos, sin que hayamos visto que sean desfavorables para los animales-cobayos.

Llevaban en un departamento anejo al satélite, unas minúsculas jaulas con pequeños roedores; que estaban expuestos a la caída de los rayos cósmicos y a las radiaciones solares que, a aquella altura, no frenaba capa atmosférica alguna.

—Perfectamente. ¿Y los insectos?

Donald sonrió.

—¿Se refiere usted a los pulgones y saltamontes?

—Sí. ¿Hay alguna novedad?

—La hay. ¿Sabe que han nacido pulgones muy raros, con once pares de patas y saltamontes con dos cabezas?

—Lo esperábamos.

—Pues no lo entiendo.

—No te preocupes, muchacho. Son cosas de los hombres de ciencia. Bueno, voy a cortar la comunicación. Dentro de unos minutos estaréis fuera del alcance directo de nuestras ondas.

—¡A sus órdenes, señor!

—¡Hasta dentro de dos horas, muchachos!

Desconectó Olsen el tubo que unía el altavoz a su propio aparato personal, acercándose a su compañero.

—¿Hay alguna novedad? —inquirió éste.

—Nada. Que pronto van a venir a relevarnos. ¡Con las ganas que tengo!

—Yo también. Estoy preocupado por Mary.

Olsen se estremeció. Y tardó unos segundos en preguntar, procurando dar a su voz el tono más normal posible.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

—Hubiese deseado hablar con el comandante. Querría saber si Fleet ha cumplido su palabra y se ha casado con mi hermana.

—¡Seguro que lo ha hecho! —repuso Donald, experimentando una desagradable sensación angustiosa.

—Tengo muchas ganas de verla. ¡Es tan débil, tan frágil! El médico me dijo, la última vez que le vi, que podía vivir mucho tiempo, pero que si tenía algún serio disgusto, su vida estaría en peligro.

—¿Por qué va a tener disgustos?

—Ya conoces a Rudolph; no es mal muchacho, pero tiene un carácter muy raro y, a veces, demasiado brusco…

—No te preocupes por eso. Muy pronto estaremos junto a Mary y si Fleet no se ha portado correctamente, prometo ayudarte para darle una soberana paliza y calmarle los nervios.

Wilson sonrió.

—Gracias, Donald.

John se echó para descansar un rato, quedando de guardia Olsen, que se maldijo mil veces por su falta de valor para confesar a Wilson la verdad de lo que había ocurrido.

Pero, en realidad, le faltaba fuerza para hundir la moral de aquel muchacho. Y recordando la promesa que había hecho a Wilson, se dijo que se encargaría personalmente, a su regreso a la Tierra, de propinar al canalla de Rudolph una buena paliza por haber disgustado —y quizá matado— a la encantadora Mary Wilson, cuya imagen apareció ante él con una insistencia malsana.

Pasó el tiempo y Donald se ocupó, además de vigilar las pantallas del radar, en controlar todos los aparatos, echando algunas ojeadas curiosas a los departamentos de insectos, para ver aquellos curiosos y deformes individuos que habían aparecido hacia poco.

Fue entonces cuando sonó la llamada de alarma del receptor.

Presa de una inquietud inesperada, Donald echó una ojeada al reloj de a bordo, dándose cuenta da que faltaban casi sesenta minutos para que la Base de Cabo Cañaveral pudiese establecer contacto con ellos. Intrigado, enchufó el cable conector de su

aparato con el de la consola del satélite.

—«Space» escucha… «Space» a la escucha…

—¡Aquí Base, «Space»! ¿Me oye?

La voz sonaba débil, como lejana y mezclada con el ruido de parásitos.

—Oigo bastante bien, señor.

—¡Te estoy llamando utilizando una conexión con Londres! ¿Eres Donald?

—Si, mi comandante. ¿Qué ocurre?

—¡Los rusos acaban de lanzar un satélite tripulado!

—¿Eh?

—Si. ¡Tenéis que abrir los ojos! Por desgracia, la guarnición prometida no podrá reunirse con vosotros hasta dentro de dos días. Sacad el armamento de la valija 33 y montadlo en sus emplazamientos… ¡Abrid los ojos, muchachos! ¡Por el amor de Dios!

—¿Cree usted que hay peligro?

—¡Estoy más que seguro! Resistid todo lo que podáis y no os dejéis cazar. Haremos lo imposible por enviaros los refuerzos cuanto antes. Hay una recomendación personal del Presidente, rogándoos que defendáis la base contra toda posible agresión.

—¡Lo haremos, señor!

Comunicadme todas las novedades. ¡El país y todo el mundo libre están pendientes de vosotros!

—Procuraremos ser dignos de la misión de confianza que se nos encomienda.

—¡Mucha suerte, muchachos, y duro con ellos!

La voz intentó decir algo más, pero el zumbido de los molestos parásitos la ahogó momentos más tarde.

Donald desconectó su «tubo».

Estaba anonadado.

Permaneció unos instantes inmóvil, intentando medir la real gravedad de la situación, pero no fue capaz más que de embrollarse aún más. Por eso decidió dejar de martirizarse el cerebro.

—¡Despierta, Wilson!

El joven se enderezó, sonriendo.

—¿Ya ha acabado tu guardia? Tengo más sueño que cuando me eché.

—Lo que se han acabado son los reposos. Terminan de comunicarme que los rusos han lanzado un satélite tripulado.

Wilson se puso en pie.

—¿Es posible?

—No perdamos el tiempo con charlas inútiles. Te lo iré explicando mientras montamos las armas.

La valija 33, perfectamente empotrada en las paredes del «Space», contenía tres ametralladoras especialmente concebidas para los espacios siderales.

Montaron las armas sobre sus emplazamientos espaciales, haciendo el vacío en el interior del satélite para poder sacar los largos cañones al exterior.

Entretanto, Donald fue explicando a su compañero la emocionante conversación que había sostenido con el comandante Marshall.

—Estaba seguro de que seríamos atacados.

—Nos defenderemos.

—Eso ya lo sé.

Se pusieron de acuerdo para hacer guardias cortísimas, vigilando la pantalla de radar, que era el único medio posible de descubrir la presencia de un presunto enemigo.

Nada sucedió durante la primera hora.

Después, estando de guardia Wilson, descubrió un «impacto» en la pantalla, que surgió, como un relámpago, desapareciendo instantáneamente.

Despertó a su compañero.

—¡Ya han llegado, Donald! Han pasado a cien kilómetros, delante de nosotros.

Se precipitaron a las tablas de cálculos, estudiándolas en silencio, hasta que obtuvieron el resultado apetecido.

—¿Cuál es su órbita?

—Ésta. Justamente es perpendicular a la nuestra.

—¿Velocidad?

—Nueve kilómetros por segundo.

—Un poco superior a la del «Space». ¿Tiempo de rotación alrededor de la Tierra?

—Unas dos horas y cuarenta minutos.

—Perfectamente. Con estos datos, conoceremos, con bastante

exactitud, el momento en que nos cruzaremos con ellos.

—¿Vamos a disparar?

—No, hasta que ellos hagan muestras de animosidad. Todavía no conocemos sus intenciones.

Las dos horas siguientes estuvieron llenas de emoción.

Veinte minutos antes de la «segunda coincidencia», se comunicaron con la Base. Raymond les dio nuevos datos, que vinieron a corroborar los que ellos hablan obtenido.

—Mucho cuidado, muchachos.

La espera se hizo tremendamente ansiosa.

Finalmente, el momento de la «coincidencia espacial» se acercó. Wilson se puso ante el radar y Donald ocupó su puesto junto a una de las ametralladoras.

Los segundos transcurrían lentamente, como siglos.

Por último, John descubrió la primera vacilación en la pantalla.

—¡Ahí están! —gritó a su compañero.

La estela luminosa pasó, como un rayo, escapando a la visión de Wilson.

—Ya se han ido.

Pero, casi al mismo tiempo, percibió dos nuevos «impactos» que brillaban en la pantalla.

—¡Veo dos objetos brillantes!

—¡Dame la situación, rápido!

—235 y 274… 235 y 274…

El colimador de la ametralladora se movió rápidamente. Al mismo tiempo, el goniómetro la impulsaba también.

Partieron los proyectiles, con un sonido ronco en el interior, ya que fuera no existía sonido alguno. Allá abajo, dos llamaradas anunciaron la buena puntería de Donald. Momentos más tarde, pasaban junto a una miríada de trozos metálicos que, atraídos por el satélite, empezaron a viajar con él, como un cortejo curioso y estremecedor a la vez.

—¡Han soltado bombas en nuestra órbita! —exclamó Donald—. Si no llegamos a destruirlas, se hubiesen precipitado inexorablemente contra la Estación, atraídas por la gravedad que ésta crea.

—¡Los muy cerdos! —Gruñó Wilson.

—Es la guerra, amigo mío… ¡La terrible guerra del espacio!

—¿Y qué vamos a hacer?

Donald le miró, mordiéndole los labios.

—¿Que qué vamos a hacer? ¿Y me lo preguntas? ¡Zumbarles en cuanto aparezcan! Les contestaremos con las armas que tenemos…

—Dios quiera que no caigamos en una trampa.

CAPÍTULO VI



l centinela se hizo a un lado, dejando pasar el hombre que, vestido de paisano, había exhibido un pase firmado, personalmente, por el secretario de Estado.

El hombre penetró como una tromba en el despacho del comandante Marshall; éste, al oír la puerta, levantó la cabeza y sonrió al recién llegado, extrañándose un poco, al mismo tiempo.

—¿Cómo? ¿Tú aquí, Wells?

El otro estrechó vivamente la mano que Raymond le alargó y sentándose en el sillón que el comandante le había señalado.

—¡Washington está que arde, Marshall!

—Lo supongo. Yo también estoy en el mismo estado.

—Pero… ¿tienes noticias?

—Sí. La última vez que se cruzaron con les rusos, tuvieron que luchar contra media docena de proyectiles que los otros les habían dejado en la órbita.

—¿Se han salvado entonces?

—No cantes victoria tan aprisa, Wells. Es una lucha desigual para la que no estábamos preparados.
—Y los otros satélites, ¿qué diablos hacen?
—Preparados para el lanzamiento; pero las condiciones meteorológicas nos son, desdichadamente, adversas. Y hay que esperar.
—¡Maldita sea!
—Ellos también han disparado contra el enemigo y Donald está completamente seguro de haberles dado.
—¡Formidable! ¡Ojalá los hagan añicos!
—Es bastante improbable. ¿Qué pueden nuestras balas, aunque sean especiales? ¿Si hubiésemos conocido la táctica de la lucha en el espacio, completamente nueva para nosotros, las cosas hubieran pasado de otro modo distinto…?
—¡Siempre tiene que ocurrimos igual!
—Es que seguimos obrando de buena fe, a pesar de la experiencia que ya debíamos tener.
—¿Te das cuenta de lo que puede ocurrir si se adueñan del espacio exterior?
—¿Que si me doy cuenta? Ya me la he dado, amigo mío.
—¡Hay que evitarlo!
—Haremos lo imposible para que no se salgan con la suya. De momento, tenemos preparados los cinco satélites y en cuanto el tiempo se ponga de nuestro lado, cosa que los meteorólogos anuncian para dentro de unas veinte horas, les daremos una buena lección.
—¿Habéis armado a los hombres?
—Sí. Esta vez ya no nos cogerán confiados y desprevenidos.
—¿Granadas?
—No. Proyectiles teledirigidos, con puntas «A»… ¿No quieren la guerra? ¡Pues la tendrán con todas sus consecuencias!
Hubo un corto silencio.
—¿Y no provocará esa acción una guerra en la Tierra?
Marshall movió negativamente la cabeza.
—No lo creo. Nadie está interesado en una guerra aquí abajo. Y ellos se han dado cuenta de la magnífica ocasión que se les presentaba para hacernos la guerra sin necesidad de encender un conflicto en el planeta. Nos han cogido fuera, seguros de que no

seremos tan locos como para empezar a lanzar bombas sobre su territorio.

—¡Se lo merecían de todos modos!

—Pero no ganaríamos nada. Allá arriba, sin testigos, como en un moderno campo de honor, podemos arreglar nuestras diferencias por la tremenda. Date cuenta de que, ni ellos ni nosotros, hemos dicho absolutamente nada de lo que está ocurriendo tres mil kilómetros por encima de nuestras cabezas. El público ignora que estamos peleando por algo de la mayor importancia. Es como si nos hubiésemos puesto de acuerdo para pegarnos, sin testigos de ninguna clase.

—¡Es horrible!

Y después de una pausa:

—¿Cuándo te comunicarás nuevamente con el «Space»?

Raymond lanzó una mirada a su cronógrafo.

—Dentro de diez minutos. Nuestros equipos de radar están siguiendo las trayectorias de los dos satélites y sabemos, perfecta y detalladamente, el instante en que se cruzan cada dos horas, aproximadamente.

—Debe de ser algo horrible esa espera…

—Imagínatelo. Nuestros muchachos saben que están insuficientemente armados para la pelea y que no pueden evitarla ni eludirla, ya que cada dos horas han de chocar inevitablemente con el enemigo.

—Es como si estuviesen celebrando unos fantásticos «*rounds*» de unos segundos de duración, pero mucho más terribles que todo lo que se puede concebir.

Uno de los teléfonos repiqueteó en aquel instante.

—¿Diga? —inquirió Raymond después de descolgar.

Escuchó atentamente y su rostro fue cambiando de color hasta adquirir un tono ceniciento; después, habiendo terminado de escuchar, asintió con la cabeza.

—Muchas gracias —dijo, colgando con un gesto de infinito cansancio.

—¿Qué ha pasado?

—Los rusos han lanzado otro nuevo satélite.

* * *

—Ya deben estar cerca, Wilson.

John asintió con la cabeza, la mirada fija en la pantalla del radar.

—Puedes prepararte ya, Donald.

Olsen acarició fuertemente la doble culata de su ametralladora, lanzando una mirada al cargador automático que, a través de una banda plástica, dejaba ver los dorados proyectiles.

—Estoy seguro de «haberles» pegado antes, John.

—Yo también. Seguí tu impacto en el radar.

—Lo malo es no poder ver la clase de daños que se les causa… ¡Lástima de no haberles pegado en plena carga de esas malditas bombas!

—Ahora lo lograrás.

—Lo dudo.

Y lanzó una mirada al cronómetro.

—Bueno, habrá que prepararse.

Sus músculos se contrajeron y el brillo de sus ojos se convirtió en una luz feroz y decidida. Sabía que además de disparar contra el enemigo, tendría que prepararse para hacerlo contra las granadas que éste dejaría en la órbita.

Y todo aquello a la velocidad del rayo.

A pesar de todo estaba completamente tranquilo, sin temor alguno a lo que podía ocurrirles en el peor de los casos.

—¡Atención! —exclamó Wilson en aquel preciso instante.

Luego, casi inmediatamente, gritó:

—328… 327… 323… ¡Fuego!

Donald oprimió el gatillo con toda la intensidad que le era posible. El ruido llegaba basta él amortiguado, ya que en el exterior no podía existir ninguna clase de sonido.

—¡Les has dado otra vez, Donald! ¡Bravo!

Y antes de que su amigo pudiese contestarle volvió a gritar:

—¡Tres granadas! ¡Atención!

Los ojos de Olsen estaban fijos en los aparatos, colimadores y telémetros.

—621… ¡Fuego!

Las balas salieron hacia el blanco.

—¡Le has dado! 645.

Otra serie de frenéticos disparos.

—¡Bravo, Donald! ¡Otra granada fuera!

—¿Y la otra? —inquirió ansiosamente Olsen.

—741… ¡espera!… 856…; eso es, 856… ¡Fuego!

Rugió la ametralladora, pero esta vez no hubo ninguna exclamación de su compañero.

—¿Qué pasa, John?

Una sacudida formidable lo lanzó al suelo antes de que pudiese oír la respuesta de su amigo.

Durante unos segundos la confusión reinó en el interior del satélite, que se inclinó peligrosamente sobre el plano de su elíptica. De todas formas, ninguna clase de sonido llegó hasta ellos, siendo como una agresión silenciosa, pero no por eso menos terrible.

Olsen fue el primero en volver a ponerse rápidamente en pie.

Un orificio de tamaño considerable había abierto una brecha en el techo del satélite. Y, a través de aquella hendidura, era posible ver que casi un sector de noventa grados de la estación había desaparecido.

—¡Los muy puercos!

Se inclinó, ayudando a Wilson a levantarse de entre los trozos del aparato de radar que le habían caído encima.

—¿Han causado mucho daño? —inquirió John.

—Nos han hecho «cisco»; eso es todo.

Wilson contempló el tremendo desgarre y la desaparición de aquel gran trozo de «rueda». Debido a aquello, el satélite se había inclinado tan intensamente.

—¿Qué vamos a hacer?

Donald se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que hagamos? Lo mejor es abandonar todo esto.

—¿Tú crees?

—¡Naturalmente! La próxima vez que nos encontremos con esos «señores» estaremos atados de pies y manos, sin radar, y seremos la presa más fácil que se hayan encontrado.

—Hemos tenido mala suerte.

—Yo creo lo contrario. Con las armas que teníamos, bastante hemos hecho.

Wilson se había inclinado junto a la emisora, viendo que estaba en el mismo estado que el aparato de radar.

—Han destrozado la radio.

—De poco nos iba a servir. Hubiese preferido que no hubieran tocado el radar.

—¡Qué le vamos a hacer!

Guardaron silencio e iba Wilson a decir algo cuando la parte superior del satélite empezó a desprenderse, al tiempo que una serie de llamaradas estallaban por todas partes.

—¡Al suelo! —rugió Olsen.

Aquella granizada terrible cesó casi inmediatamente. Y Donald, seguro de que lo que pensaba era cierto, se asomó al orificio que la explosión había hecho, acertando ver el satélite que se alejaba rápidamente de ellos.

Se dejó caer nuevamente en el interior.

—Es otro satélite, John.

—¿Otro?

—Sí. Sigue, aproximadamente, nuestra misma órbita y nos dejará en paz en cuanto vuelva a alcanzarnos, ya que se mueve más aprisa que nosotros.

Y después de una pausa comentó:

—Esto se está poniendo demasiado insano. Habrá que «largarse» cuanto antes.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Pues saliendo y alejándonos de este trasto inútil. Utilizaremos los «monorreactores» y nos llevaremos uno de los cinturones de seguridad, cargado con ampollas de alimento.

—¿Y después?

—¿Después? ¡A esperar tocan! Si nuestros amigos llegan por estas latitudes, nos recogerán; si no llegan…

Sonrió, dando una palmada amistosa en el hombro de su amigo.

—¡Ánimo, amigo mío!

—Me fastidia abandonar todo esto.

—¿Y crees que a mí no?

—Es que prometimos defenderlo con la vida.

—¿Estás loco? Prometimos defender la Estación, no un montón de planchas retorcidas. Estoy seguro de que Marshall nos daría la razón, obligándonos incluso a abandonar el «Space».

Se proveyeron de cinturones, en los que iban botellones con alimento sintético para una semana.

—Hemos de ir unidos con un cable largo —dijo Donald—. Así

no nos verán con tanta facilidad.

—¿Los crees capaces de disparar contra dos hombres que flotan en el espacio?

—¡Son capaces de todo!

Una vez se hubieron preparado, recargando los depósitos de oxígeno y cogiendo el mayor número posible de ellos, se ligaron a un cable, de medio centenar de metros de longitud, y salieron del «Space».

Wilson le lanzó una última mirada, verdaderamente emocionado.

Impulsados por los «monorreactores», se alejaron hacia atrás, poniendo la mayor distancia posible entre el satélite y ellos. Pronto el «Space» no fue más que un punto brillante ante ellos.

—Ya podemos parar —dijo Olsen—. Hay que ahorrar combustible del reactor.

Se detuvieron.

El espectáculo, desde allá arriba, era verdaderamente emocionante.

La Tierra parecía flotar a sus pies, envuelta en un tono azulado, con grandes masas de nubes que flotaban, envolviéndola casi por completo.

—¿Tardarán mucho los nuestros?

—No mucho. John. Deben estar furiosos y preparados para dar una lección a los «ruskis».

—¡Lástima que no hayamos sido nosotros los que se la diésemos!

—No podíamos hacer más de lo que hemos hecho.

Hubo un silencio.

—¿Cómo es posible que el Pentágono no nos preparase mejor para la lucha?

—Porque no estaban seguros de que los rusos se iban a lanzar a esta extraña guerra. Contaban, seguramente, con lanzar los nuestros antes de que los soviéticos pudiesen poner en marcha su plan de ataque.

—Pues se han equivocado.

—No importa. La guerra es eso. ¿Has olvidado lo que pasó durante la Segunda Guerra Mundial? Estábamos en un estado de inferioridad verdaderamente ridículo; pero después, cuando nos dimos cuenta del verdadero peligro que corríamos, demostramos de

lo que éramos capaces. Y no solamente fabricamos armas y pertrechos para nuestros muchachos, sino que abastecimos a nuestros amigos, formando la más poderosa coalición que la historia ha conocido.

—¿Quién iba a pensar que los amigos de ayer iban a ser los enemigos de mañana?

—Eso es la vida, Wilson…

Iba a decir algo más, pero se detuvo.

Un punto brillante acababa de aparecer tras ellos, avanzando a una velocidad formidable.

Momentos más tarde pasaba a un par de millas de donde se encontraban y, antes de que comprendiesen lo que pasaba, una llamarada surgió ante ellos; una alucinante llamarada, sin que ninguna clase de sonido llegase hasta donde se encontraban.

—¡Han hecho saltar el «Space»!

—Adiós, amigo satélite… Te has portado como un valiente, pero no has podido resistir más.

Wilson estaba sinceramente emocionado.

—Me da mucha pena.

Wilson echó una ojeada hacia atrás.

—¡Otro satélite! —gritó.

—¿Otro?

—Sí. Sigue el mismo camino que el qué acaba de pasar.

—¡Han debido lanzar un buen montón de ellos!

—También es posible que sea de los nuestros.

Los ojos de John brillaron intensamente.

—¿Tú crees?

—Es posible.

—¿Por qué no nos acercamos a él para que nos vea?

—No es muy prudente.

—Yo voy a hacerlo; tú puedes mantenerle alejado.

—¿Vas a soltarte del cable?

—Sí, pero no pases cuidado.

Wilson desató el cierre que le sujetaba al cable, que quedó flotando horizontalmente, en la misma posición. Luego, poniendo en marcha su «monorreactor», avanzó hacia la zona por la que iba a pasar el nuevo satélite.

Donald seguía a su amigo con una atención creciente.

—Ten cuidado —le dijo.

—Todo irá bien. Ya verás que es de los nuestros.

—Dios te oiga.

Wilson no era ya más que una silueta minúscula, a cerca de una milla de su compañero.

Volviéndose hacia atrás, Donald observó el satélite, que ya era casi perfectamente visible.

Justamente en aquel momento la luz solar, que surgía bajo la Tierra, le dio de lleno, iluminándolo intensamente.

Donald sintió que un frío le corría por la espalda.

¡Acababa de ver la roja estrella de cinco puntas en la superficie brillante del satélite!

—¡Cuidado, John, es de ellos!

Pero el aviso llegó demasiado tarde.

Una serie de llamaradas surgieron del aparato, dibujando trayectorias alucinantes que terminaban en el punto donde estaba Wilson.

Y sin poder hacer nada, helándosele la sangre en las venas, Olsen oyó, como si estuviese al lado de su desdichado amigo, el alarido de dolor y aquellas palabras que sonaron en sus oídos tremendamente cerca:

—¡Me han dado, Donald! ¡Cuida de Mary! ¡Yo…!

CAPÍTULO VII



ase, Fleet. Usted también, Lauer.

Los dos hombres penetraron en el despacho del comandante, cuadrándose ante la mesa de despacho que éste ocupaba.

Raymond les miró intensamente, deteniéndose sobre todo en el rostro pálido de Rudolph.

—El «Space» ha sido destruido —dijo con voz sorda.

—¿Es posible? —inquirió Tom.

—Sí. Y lo más probable es que nuestros dos amigos Wilson y Olsen hayan muerto.

El rostro de Fleet se contrajo imperceptiblemente.

—Ésa es la triste realidad —dijo el comandante, después de un momento de respetuoso silencio—. Aunque nada ha terminado aún. Les he llamado precisamente para comunicarles que salimos esta noche.

—¿Eh?

La exclamación había salido de los labios de Rudolph sin que éste pudiese hacer nada para evitarlo.

—¿Le extraña tanto, Fleet?

—Verá usted, señor…

—Francamente, yo creía que iba a estar usted contento de poder vengar la muerte del hermano de la mujer que amaba… ¿No era usted el prometido de Mary Wilson?

—Sí.

—He Oído demasiadas cosas sobre la muerte de esa pobre muchacha. ¿Qué ocurrió en realidad?

—Nos disgustamos, señor. Yo no sabía que iba a ocurrirle tan tremenda desgracia.

—Eso creo yo también; pero, sin embargo, recibí una carta de la enfermera que cuidaba a «*miss*» Wilson. Y en ella se dicen cosas bastante duras para usted…

—Es posible, señor. En aquel momento no sabía lo que me decía.

—No obstante, señor la carta de la enfermera, parece ser todo lo contrario. Usted afirmó que dejó ir a Wilson para satisfacer un capricho suyo… ¿es eso verdad?

—Sí, mi comandante.

—Es mejor que sea así.

Y después de una corta pausa se quejó:

—Todo eso ya no tiene, desgraciadamente, mayor importancia. Lo que hay que hacer ahora es vengar a esos dos valientes muchachos. Ya les he dicho que salimos esta noche. Tripularemos el «States», el satélite más grande de los once que serán lanzados al anochecer… ¡Vamos a dar una buena lección a nuestros enemigos!

* * *

El «Moskowa» atravesaba ya el espacio, núcleo futuro de las fuerzas soviéticas fuera de la Tierra.

En su interior, sometidos aún a la formidable fuerza de aceleración que le procuraban sus cohetes superpuestos, los hombres que habían forjado aquella ofensiva y que se consideraban fuera del peligro de abandonar la Tierra, habían sido embarcados rumbo a la más feroz y despiadada de las guerras que la humanidad había imaginado.

Instrucciones concretas y severas habían sacado al comisario Ilionov de su cómodo despacho de Moscú y al general Tonovitch de su oficina de la Base de Astronáutica de los Urales.

Cuando, poco después, el «Moskowa» se encontró en su órbita y sus tripulantes, cinco en total, se desprendieron de sus cinturones de seguridad, comisario y general se miraron fijamente, como si deseasen alegrarse mutuamente del mal que le había ocurrido al otro.

Pero no era momento de disputas, y Tonovitch, que había recibido el mando de la ofensiva de satélites, se precipitó a la sala de radio, donde un hombre estaba encarado con los complejos aparatos de transmisión.

—¿Han llegado los otros?

—Todavía no, camarada general.

—Comuníqueme su llegada en cuanto sea posible.

—Perfectamente.

Abandonó el general el departamento de comunicaciones, entrando nuevamente en la sala central del satélite.

—¿Has entrado en comunicación con el «Ucrania»? —le preguntó el comisario.

—Lo están intentando.

—¿Está muy lejos de nosotros?

—No lo sabemos aún. En cuanto hayamos hecho los cálculos pertinentes lo localizaremos y entraremos en comunicación con él.

—¡Se han portado magníficamente esos dos muchachos! Aplastaron al satélite americano.

—Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Los estadounidenses no tardarán en replicar a nuestro ataque.

—¡Estaremos preparados!

—Eso espero.

—¿Cuál va a ser nuestra táctica?

—La de mantenernos unidos. Los satélites que están siendo lanzados en este momento y que llegarán muy pronto a nuestra órbita llevan unas piezas adicionales que formarán un puente de unión con el «Moskowa».

—¿Vamos a unirnos todos?

—Eso es. Formaremos una especie de estrella, o si quieres mejor un erizo. Así seremos una difícil presa para los atacantes y, al

mismo tiempo, una máquina destructora para quien se nos acerque.

—Entonces ¿quieres decir que nosotros no atacaremos?

—¿Quién ha dicho eso? El «Moskowa» ha sido dotado de unos propulsores atómicos que le permitirán moverse a su antojo, pasando de una órbita a otra, así como nos convenga.

—Me parece estupendo.

Una lucecita roja hizo que el general, seguido de Ilionov, pasase a la cámara de transmisiones.

—¿Qué hay?

—Los cinco han llegado ya a las correspondientes órbitas, camaradas.

—Perfecto. Que te den su posición para ir recogiéndolos lo antes posible.

—¿Y el «Ucrania»? —inquirió Ilionov.

—Todavía no he logrado entrar en contacto con él, camarada comisario.

—No lo abandones. Esos muchachos pueden tener necesidad de nosotros.

—Así lo haré.

Una hora más tarde el colosal «Moskowa» había «atrapado» tres de los cinco satélites que habían sido lanzados poco antes desde la URSS. Unos puentes metálicos unían a las pequeñas esferas al «Moskowa», formando ya la iniciación de una figura estrellada.

Todos los satélites habían sido dotados de piezas que lanzaban proyectiles teledirigidos y el «Moskowa» poseía un verdadero arsenal de ellos.

La lucecita roja hizo correr al general.

—¿Algo nuevo?

—Parece que he localizado al «Ucrania», camarada general.

—¿Está muy lejos?

—Bastante; pero lo alcanzaremos después de recoger a los que nos faltan.

—Perfectamente. ¿Hay noticias de la Base?

—No; es decir, espere un momento… me están llamando.

Escuchó atentamente; después, cuando la comunicación hubo cesado, miró al general con una cierta angustia en la expresión.

—Los americanos están lanzando satélites.

Tonovitch sonrió.

—¡Eso era lo que estábamos esperando!

Salió velozmente, atravesando el salón central y dirigiéndose hacia el departamento de control de radar.

—¡Alarma general! Que todos los grupos de radar de los satélites batan el horizonte, en los 360 grados, sin descanso… ¡Los americanos están camino del espacio exterior!

Los radares empezaron a emitir sus trenes de ondas, explorando la negrura o la luz intensa que les rodeaban. Al mismo tiempo los equipos para la aproximación de los satélites que faltaba por recoger trabajaron arduamente, logrando poco después «atar» al «Moskowa» la totalidad de los satélites que hablan salido de la URSS.

—¿Y el «Ucrania»?

—Vamos ahora a su busca.

Momentos más tarde la luz roja volvía a parpadear.

Esta vez comisarlo y general corrieron al unísono, hacia la sala de transmisiones.

—¡Llama el «Ucrania», camarada general!

—Deme el micrófono.

Y cuando lo tuvo en la mano dijo:

—¡Aquí el «Moskowa», al mando del general Tonovitch! ¿Quién está a la escucha?

—Dimitri Skolenko, del «Ucrania», camarada general.

—¿Cómo va eso?

—Muy mal. Fuimos alcanzados por proyectiles americanos antes de lograr un impacto directo sobre el «Space», que fue rematado finalmente por otros dos satélites.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y Alexis Kunov?

—Ha muerto.

Hubo un corto silencio; después, la voz de Dimitri volvió a dejarse oír:

—El «Ucrania» está muy averiado, camarada comisario.

—Soy el general.

—Perdón.

—Según me comunican, estáis aún muy lejos de nuestra órbita. De todos modos, haremos lo posible por llegar hasta vosotros; es decir, hasta ti.

—Gracias.

Tonovitch cortó la comunicación.
—¿Qué vas a hacer? —inquirió Ilionov.
—Nada. No podemos perder el tiempo buscando los restos del «Ucrania». Además, el enemigo puede utilizar ese satélite como cepo…
Un claxon resonó intensamente en la sala central, hacia la que se precipitaron los dos hombres.
El coronel Skilov, ayudante del general, estaba allí.
—¿Qué hay? —inquirió Tonovitch.
—¡El enemigo está a medio centenar de millas más abajo que nosotros!
—¿Cuántos?
—Seis satélites, camarada. Uno de ellos de un tamaño aproximado al nuestro.
Los dos jefes se miraron.
—¿Qué piensas hacer? —preguntó el comisario.
—Atacar.
—¿Crees que es prudente?
—¿Qué harías tú en mi puesto?
Ilionov sonrió.
—Creo que me mostraría más prudente y astuto.
—¿Cómo?
—Tú mismo me has dado antes la idea…
—No te entiendo.
—Utilizando el «Ucrania» como cepo.
—¿Qué quieres decir?
—Ordenas al «Ucrania» que no deje de transmitir una llamada en clave. Los americanos, sin ningún género de duda, se lanzarán sobre él, tomándolo por uno de los que forman la flota espacial. Entonces, vigilando los movimientos del enemigo, podemos elegir el momento de caer impunemente sobre ellos. ¿Qué te parece?
—Una estupenda idea. Voy a dar órdenes al muchacho de las transmisiones.
—¡Seguro que caerán en la trampa!
Momentos más tarde, Dimitri Skolenko, con un brazo casi arrancado de cuajo —también había sido herido por las balas del «Space»— transmitía mansamente una señal de llamada en clave, repitiéndola sin cesar.

Detrás de él, el cadáver de su amigo seguía tendido en el suelo, en el mismo sitio en que había sido derribado por el proyectil del satélite americano.

* * *

El comandante Marshall se inclinó sobre Tom, que se había hecho cargo del sistema de intercomunicación del «States» con los demás satélites.

—¿Algo nuevo?

—Nada, señor. El despliegue ha sido realizado en orden y no hay ninguna novedad por el momento.

—¿Cómo estamos distribuidos?

—Tres de los nuestros navegan a 3250 kilómetros.

—Perfectamente. No conviene que ellos se nos suban encima. ¿Y los otros?

—Dos van más abajo, señor. Y el resto está distribuido, en nuestra órbita, navegando a unos ochocientos kilómetros, a ambos lados del «States».

Todo estaba en marcha.

El dispositivo estadounidense se había puesto en marcha y el «States» no hacía más que recibir y emitir mensajes destinados a los otros satélites y con un departamento constantemente en relación con el lejanísimo Pentágono, donde la expectación era extraordinaria.

Habían pasado tres horas de espera cuando el «I-8» comunicó que acababa de detectar la presencia de un satélite enemigo no lejos de su posición en aquellos momentos.

Raymond se precipitó al puesto de escucha.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Aquí «States» y su comandante al habla!

—Aquí «I-8», señor.

—¿Qué hay de ese objeto detectado? ¿Están seguros de que se trata de un satélite enemigo?

—Seguros, mi comandante.

—¿Posición?

—237, señor. Con una órbita de 2896 kilómetros… Está emitiendo una señal monocorde en clave. Con toda seguridad se trata de una llamada.

—¿A qué distancia se encuentra de él en este momento?

—A unos mil doscientos kilómetros, señor, dos órbitas más arriba. El «I-5» está mucho más cerca de él que ninguno de nosotros.

—Está bien, siga a la escucha.

Y apretando el conector general ordenó:

—¡Atención! ¡Atención! ¡¡Llamada general!!

¡¡Zafarrancho de combate para todas las unidades a mis órdenes!! Pidan situación al «I-8» y aproxímense al enemigo. Dispuestos para el lanzamiento de cohetes teledirigidos.

Fue recibiendo los «de acuerdo» de los otros diez satélites y, poco después, se separaba del emisor.

—Creo que esta vez los tenemos —dijo.

El «States» había utilizado sus potentes reactores, cambiando de posición y tomando una órbita aproximada a la que le había sido comunicada por el «I-8». Su velocidad de avance en aquellos momentos sobrepasaba los 25 000 kilómetros por hora.

Todas las unidades dependientes del «States» habían maniobrado de manera semejante, adaptándose a las nuevas condiciones y avanzando, en el mismo sentido, hacia el objetivo detectado por el «I-8».

La emoción iba en aumento.

Muy pronto el radar del «States» percibió la presencia de un objeto contra el que chocaban sus trenes de ondas.

—¿Situación?

—En nuestra órbita, señor.

—Perfecto. ¿Distancia?

—Dos mil kilómetros.

—Ordene que se concentren las redes de radar sobre ese objeto.

Por el tamaño, debe tratarse de un satélite de reducida dimensión; algo así como nuestro «Space». Que se vigilen las posibles salidas de proyectiles; pero que no se haga fuego hasta que yo lo ordene.

—Está bien, comandante.

Casi inmediatamente, tan grande era la velocidad de los americanos, las siluetas fueron precisándose en la pantalla del radar.

—¿Velocidad del enemigo?

Tardaron unos segundos en comunicársela.

—Dieciocho mil kilómetros a la hora.

—Aparejen la nuestra a la suya.

Los reactores de proa frenaron la aceleración fantástica del «States».

Raymond se acercó entonces a uno de los ojos de buey del satélite, pudiendo ver, momentos más tarde y con una completa claridad, la silueta del satélite enemigo.

Entonces se dio cuenta de que estaba seriamente averiado y llegó a la conclusión de que se trataba del que había atacado al «Space».

—¿Sigue emitiendo?

—Sí, señor.

Se volvió, llamando:

—¡Rudolph!

El piloto se acercó a él.

—¿Me llamaba usted, señor?

—Sí. Vas a salir hacia ese satélite y ver quién es el loco que sigue emitiendo.

Había palidecido un poco, pero no dijo nada.

—Vamos a acercarnos lo más posible a él. No tendrás más que propulsarte con el «monorreactor» y estarás allí en pocos segundos. Llévate la pistola por si acaso.

—Si, señor.

No tenía más remedio que hacerlo; pero, en el fondo, maldecía que el comandante se hubiese fijado precisamente en él.

Cuando se alejaba, Marshall le llamó.

—¡Fleet!

El otro volvió sobre sus pasos, deteniéndose ante su superior.

—Usted dirá.

—Quería decirte que ese satélite es el que destruyó el «Space». No sé quién estará dentro; pero, sea quien sea, es uno de los asesinos del hombre que iba a ser tu hermano. De todas formas, si no es evidentemente necesario, nos interesaría coger un prisionero.

—Entendido, señor.

—Buena suerte. Creo, Rudolph, que no obraste de mala fe al cambiar las papeletas con Wilson. Estoy convencido de que me dijiste la verdad.

—Gracias, señor.

Se dirigió hacia la salida, después de apoderarse de una pistola de reglamento.

Tenía mucho miedo.

Al hallarse en el exterior comprendió la tragedia que debía haber caído sobre Wilson y Olsen, alegrándose de haber sido lo suficientemente listo para engañar a aquel jovenzuelo estúpido… tan estúpido como su hermana. Había tenido mucha suerte.

Ahora, si no la perdía del todo, podría regresar a la Tierra y gozar, junto a todos aquellos hombres que intervenían en la lucha, de los honores de vencedores que les serían otorgados, logrando así lo que, desde un principio, se había propuesto.

El propulsor lo llevó suavemente hacia el satélite ruso.

A medida que se acercaba el miedo le mordía más profundamente, ya que el enemigo podía estar esperando la ocasión de matarle en cuanto se acercase un poco más.

Pero cuando se halló junto al aparato y penetró por la brecha que las balas de la ametralladora del «Space» habían abierto, se encontró mucho más tranquilo.

Empuñó la pistola.

Lo primero que vio al entrar fue el cadáver de un hombre, tendido en medio de la cabina del satélite; luego, al levantar los ojos, vio al otro hombre, apoyado en el aparato transmisor, con un jirón que había sustituido a su brazo, del que pendían trozos de tela que la sangre había ennegrecido.

CAPÍTULO VIII

udolph levantó lentamente la pistola, cuando el otro volvió el rostro hacia él; pero la mirada de aquel hombre tenía tan intenso sentido de desprecio a la vida que el americano no se atrevió a levantar el gatillo.

Se miraron largamente, en un silencio trágico cargado de amenazas.

Detrás de la escafandra transparente, Rudolph podía ver el rostro pálido, cadavérico casi, de aquel hombre, que debía haber sufrido la más horrible de las agonías.

—¿Qué quieres?

La voz del ruso, que se expresaba en un inglés correcto, le sorprendió, haciendo que volviese a levantar el brazo armado.

—Puedes disparar cuando quieras. Después de todo, ya no tengo otra salida.

Se apoyaba en el aparato transmisor, manteniéndose en equilibrio por verdadera casualidad.

—¿Fuisteis vosotros los que destrozasteis el «Space»? —inquirió el americano, señalando el cadáver del otro ruso.

—Sí, pero ellos nos pegaron bien fuerte. Además, uno de ellos se ha salvado.

Fleet sintió que un estremecimiento le recorría la espalda.

—¿Que uno se ha salvado? ¿Dónde está?

—Flotando en el espacio.

—¿Quién es?

El otro le miró con asombro.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No conocía a ninguno de los dos…

—Es verdad.

Se sintió desfallecer al pensar que bien podría ser que Wilson hubiese logrado escapar a la muerte que todo lo hubiera solucionado.

¡Y justamente ahora, cuando el comandante Marshall creía en él, cuando su mentira se había convertido en una verdad que tanto podría beneficiarle!

Una sorda rabia se apoderó de él.

Y, sin pensarlo más, disparó una y otra vez contra su indefenso enemigo, como si desease materializar en aquella muerte la que, sin dudarlo, daría a Wilson de encontrarse ante él.

Vio caer al ruso y salió después, dirigiéndose hacia la masa enorme del «State», que estaba cerca de allí.

Pero al mismo tiempo varios relámpagos le sorprendieren y, mirando hacia arriba, vio estallar un satélite en mil pedazos.

Se estremeció.

—¡Nos están atacando! —exclamó.

Momentos más tarde, ya en el interior del «States», se sintió más a seguro, y al ver los gritos y ademanes que daba el comandante, comprendió que la verdadera batalla acababa de empezar.

—¡Hemos caído estúpidamente en una trampa! —Rugía Raymond.

Fue entonces cuando descubrió a Rudolph.

—¿Qué había en este satélite?

—Un muerto y un malherido. Éste intentó disparar contra mí, pero yo lo hice primero.

—¡Bien hecho! ¡Colócate en la sección de proyectiles! Ésos

puercos nos han hecho estallar dos satélites.

La lucha era espantosa.

Cruzando el espacio, grupos de proyectiles, moviéndose a una velocidad de locura, como furiosas jaurías de mastines de muerte, iban a busca de los blancos, situados fuera del alcance de la vista, a cientos de kilómetros, o a miles, guiados por las impresiones que, incansablemente, iba proporcionando el radar.

Pronto conoció Raymond la estructura del satélite ruso.

—Han unido unos cuantos —dijo—, formando una especie de erizo. Y no tienen más que girar para lanzar proyectiles por todas partes.

Gracias a las rápidas maniobras de los satélites estadounidenses, las bajas no habían sido mayores y sólo dos habían pagado con la vida una audacia demasiado precipitada.

—¡Fuego en masa! ¡Fuego! ¡Control de distancia, aprisa!

—Mil doscientos kilómetros, señor.

—¿Orbita?

—Tres mil doscientos kilómetros.

—¿Situación?

—235 de nosotros, mi comandante.

—Exijan situaciones de todos los demás.

Fueron llegando, a toda velocidad.

—342.

—588.

—267.

—¡Perfecto! —dijo el comandante cuando las tuvo todas en la mano—. ¡Vamos a saludar a esos caballeros! ¡Preparados para el lanzamiento de dos proyectiles por satélite! ¡Atención!

Pasaron unos segundos con un silencio cargado de presagios de esperanzas.

—¡Fuego!

—¡Salidos proyectiles con punta «A», señor!

—O. K.

Dieciocho monstruos, con carga atómica, surcaron el espacio, como rayos, camino de la zona en la que se hallaba el satélite o, mejor dicho, los satélites soviéticos.

La espera fue angustiosa.

Los hombres, ante las pantallas de radar, contenían la

respiración, no atreviéndose ni a parpadear.

—¡Una explosión, señor!

Mordiéndose los labios, Marshall consultó su ya legendario cronógrafo.

—Demasiado pronto.

—¡Otra!

—¡Otra!

—¡Dos más!

Ya no podía caber la menor duda de que los rusos habían logrado interceptar los proyectiles americanos con otros propios.

—¡Hemos fracasado!

—Habrá que prepararse para hacer lo que ellos.

No acababa de decir Tom aquello cuando los avisos empezaron a llegar.

—¡Punteado en el radar, señor! ¡Vienen nuevos proyectiles!

—¡Determinen posición y lancen barrera de los nuestros!!

Y todo aquello en medio de un silencio de muerte, ya que la ausencia de atmósfera prohibía la existencia del menor sonido. Era una lucha sin voces, sin explosiones, muda como la misma muerte que se ocultaba tras cada proyectil.

Algunas llamaradas penetraron por el ojo de buey del «States».

—¡Detenido uno, señor!

—¡Dos más, mi comandante!

—¡Bravo! Sigamos así. Ya veremos la manera de poder atacarlos.

Fue entonces cuando Tom se volvió hacia su superior.

—Una llamada del
«I-4»,
señor.

—¿Qué dice?

—Han recogido a un hombre en el espacio, señor.

—¡Que lo cuiden! Pero que no me molesten ahora con esas cosas. Necesito concentrarme antes de que esos malditos nos jueguen una mala pasada.

Tom Lauer le miró intensamente.

—Tengo una idea, mi comandante.

—Habla.

Y Tom Lauer, el buen compañero de Wilson y Olsen, expuso una audaz idea que su jefe escuchó atentamente.

—¡Eso es un suicidio, Tom!

El joven sonrió.

—Puedo salvarme, señor; pero, si lo fuese, merecería la pena… ¿no lo cree usted?

* * *

Tonovitch estaba radiante.

Había conseguido destrozar dos satélites americanos, y cuando la batalla amainó se precipitó a la cámara de transmisiones, enviando un largo y florido mensaje a Moscú.

Luego se reunió con el comisario y con Skilov:

—¿Os habéis dado cuenta, camaradas? ¡Vaya lección que acabamos de dar a esos perros capitalistas! ¿Qué se creían?

—Fue mía la idea de utilizar al «Ucrania» como cebo, camarada general —dijo el comisario—, y espero que lo hayas mencionado en el informe que acabas de enviar a Moscú.

—¡Naturalmente, querido Ilionov! —mintió Tonovitch—. ¿Cómo puedes imaginarte que te haya olvidado en el informe? He nombrado a todo el mundo, porque quiero que el Kremlin sepa que, desde el general en jefe hasta el último hombre, se han portado, en esta lucha espacial, con un heroísmo inimitable.

—¿Y los americanos, camarada general? —inquirió Skilov.

—Nos hemos alejado de ellos, por el momento. Tenemos todo el tiempo para volver a demostrarles nuestra superioridad. Por el instante, hemos puesto unos millares de kilómetros entre ellos y nosotros, de manera a despistarlos.

—¿No crees que envíen más satélites?

—No. Moscú me ha comunicado que el servicio de información ha sabido que los yanquis han echado toda la carne en el asador… igual que hemos hecho nosotros.

—Eso quiere decir que ha de decidirse aquí la batalla final por el espacio exterior.

—Correctamente, camarada Skilov. Tenemos que ser nosotros los que liquidemos la gran batalla de esta guerra de satélites. Puesto que después, cuando dominemos el espacio exterior, ninguna otra clase de satélites que no sea la nuestra podrá subir aquí arriba.

—Evidentemente. Desde aquí, el bombardeo, en caso de guerra,

tiene la indudable ventaja de estar fuera del alcance de cualquier tipo de arma. Así, nuestros contrarios estarán completamente a nuestra merced.

Uno de los hombres del control del radar penetró precipitadamente en el salón.

—¡Hay contacto, camarada general!

—¿Otra vez?

—Eso parece.

—Creo que esos americanos tienen ganas de terminar pronto su existencia. ¿De qué se trata?

—De todos los satélites enemigos. El radar percibe sus siluetas, que no dejan de acercarse.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió el comisario.

—¡Nos prepararemos!

—Darles la ilusión de que los eludimos. Vamos a simular una retirada precipitada, albergándonos en una órbita exterior, a cuatro mil kilómetros, por ejemplo. Creerán, evidentemente, que los evitamos. Entonces, cuando nos sigan, nos lanzaremos definitivamente sobre ellos, enviándoles una buena andanada de proyectiles, que los destrozarán.

—¿Me dejas darte una idea?

—Tú dirás, camarada comisario.

—¿Por qué no dejas unos cuantos proyectiles, sin marcha, flotando tras la zona que vamos a abandonar?

—No te entiendo muy bien.

—Está claro. Dejas unos cuantos proyectiles, sin darles ningún impulso, como si se tratara de minas y nos alejamos rápidamente, procurando cubrir con nuestra masa, los impactos que pueda recibir el radar enemigo. Así, ellos, al leer en sus pantallas, creerán que se trata de nuestra silueta, interpretando los puntos más brillantes como deformaciones o anomalías debidas a cualquier causa.

»Eso les hará perseguirnos, cayendo directamente en la boca del lobo, y que al encontrarse con los proyectiles, estallarán en mil pedazos sin saber lo que les ocurre.

El general miró al otro con sincera admiración, con mezcla de envidia.

—¿Sabes, camarada, Ilionov, que hubieses hecho un estupendo estratega?

—No tiene importancia.

—¡Claro que la tiene! Tu plan es verdaderamente asombroso y voy a ponerlo inmediatamente en práctica… ¡Acompáñame!

También Skilov fue con ellos a la sala de radar, donde el general inquirió sobre la posición de los satélites enemigos.

—No están todavía a nuestro alcance, camarada general.

—Tendremos que esperar.

No pasó mucho tiempo para que las pantallas reflejasen los brillos de los aparatos estadounidenses. Inclinados por encima del observador, los tres hombres miraron largamente aquellos destellos, donde otros hombres tenían, en aquellos momentos, el mismo objetivo que bullía en sus mentes: destruirlos irremisiblemente.

—Creo que se está acercando el momento —dijo el general; y volviéndose hacia Skilov—: Dame los datos de posición, camarada.

—Parece ser que todos los satélites americanos se concentran para avanzar hacia aquí —repuso el otro, tras consultar los aparatos —. Están intentando pasar a nuestra órbita.

—¡Formidable! ¿Se ve al más grande de todos?

—Si —repuso el encargado del radar.

—Lanzaremos los proyectiles, en dirección a ese satélite más grande; pero, siguiendo los consejos del camarada comisario, nos limitaremos a soltarlos, con la precaución de que nuestro rumbo cubra a esos proyectiles, de manera a que el radar enemigo no pueda separarlos de nuestra marcha general. ¿Preparados?

Momentos después, los dos proyectiles eran dejados simplemente, con una pequeña velocidad en sus motores, de manera a no ser arrastrados por la fuerza de atracción del «Moskowa»; éste se mantuvo en la posición que había ordenado su comandante, haciendo imposible que los americanos pudiesen distinguir, con el radar, la posición de los proyectiles.

Entre tanto, se veía claramente que los estadounidenses se preparaban para atacar, con todas sus fuerzas disponibles a los rusos.

Pasando de órbita a órbita, los satélites occidentales aumentaban su velocidad inicial, disminuyendo la distancia que les separaba de los soviéticos.

Skilov se dio cuenta, muy pronto, que uno de los aparatos enemigos parecía dispuesto a adelantarse a los demás, como si sus

tripulantes tuviesen prisa por entrar en combate.

Sonrió.

La trayectoria que estaba tomando el satélite adversario iba a conducirle, fatalmente, a la zona donde flotaban, completamente invisibles gracias a la estratagema de Ilionov, los dos terribles proyectiles con punta termonuclear.

Comunicó rápidamente sus observaciones a los otros.

Inclinados sobre la pantalla, los tres hombres y el observador siguieron el fatal camino que iba aproximando el satélite a lo que iba a significar su irremediable fin.

CAPÍTULO IX


strechó Tom la mano del comandante.

Un satélite, el «I-3», había acostado al «States» y sus tripulantes pasaron al aparato del jefe, dejando el suyo al valiente joven, que iba a intentar poner en práctica su audaz idea.

—Ten cuidado, Lauer —le dijo Marshall—. No es necesario que te expongas demasiado, ya que tu plan es bueno si puedes sorprenderlos.

—Lo lograré, señor.

—Eso espero. ¡Buena suerte, muchacho!

—Gracias, mi comandante.

Pasó al pequeño satélite, poniéndose en marcha inmediatamente y desapareciendo poco después, al ir consiguiendo órbitas cada vez más amplias.

—Es un valiente —dijo Raymond, en voz alta.

Rudolph, que estaba muy cerca del jefe, sintió un gran desprecio por el que había sido su amigo hasta entonces.

¿Por qué se habría lanzado Tom Lauer a aquel loco suicidio?

Indudablemente, la altura y la estancia en el espacio exterior parecía alterar a los hombres de una manera inequívoca.

—¡Fleet!

—Señor.

—Hay que buscar al enemigo y empezar el avance, haciéndole creer que no pensamos más que en arrojarnos sobre él.

—Perfectamente.

Rudolph empezó a pedir datos y todos los satélites disponibles lanzaron sus radares hacia el espacio, no tardando en localizar, uno de ellos, la posición de los rusos.

—Ya los tenemos, mi comandante.

—¿Dónde están?

—754, señor.

—¿Órbita?

—Tres mil cien kilómetros, mi comandante.

—¿Velocidad?

—Dieciocho mil.

—Se mueven con bastante lentitud. ¿Siguen todos juntos?

Tardaron en contestarle, ya que se hubo de hacer una detallada observación con el radar.

—Sí, señor. Siguen juntos, formando esa especie de erizo. Además, notamos brillos raros en la pantalla, por uno de los lados.

—Eso no tiene importancia.

Inmediatamente después, ordenó la marcha de la órbita, yendo logrando otras que les acercaban, a la posición del adversario.

Rudolph estaba junto al comandante.

—¿Cree usted, señor, que podremos acabar esta vez con ellos?

—Sí. Todo depende, naturalmente, de que el plan de Lauer salga bien; pero, aunque ese valiente fracasase, nos aprovecharíamos de la sorpresa enemiga para asestarles un golpe definitivo.

Fleet no dijo más.

Estaba deseando que todo aquello se acabase, ya que odiaba al espacio exterior con toda la fuerza de su alma. Hubiese dado cualquier cosa por encontrarse en la Tierra, lejos de aquello que

consideraba como una estúpida locura.

El miedo le proporcionaba una sensación dolorosa.

Por otra parte y a pesar de su aparente tranquilidad, seguía pensando en las terribles palabras que le había dicho el ruso, sin que precisase quién de los dos tripulantes del «Space» había sido salvado.

Supo que uno de los satélites había recogido al superviviente, pero ninguna otra noticia había llegado aún al «States».

La sola idea de que se tratase de Wilson le daba escalofríos.

Por el contrario, si era Olsen el que había escapado a las garras de la muerte, la cosa no tenía ninguna importancia, ya que suponía que Donald ignoraba completamente lo que había pasado entre Wilson y él.

—Ya estamos en la órbita, señor.

Marshall repasó los datos, pidiendo la posición de sus propias fuerzas.

—¿Se ha vuelto a ver a Tom?

—No, Debe haber avanzado mucho más, situándose al otro lado del enemigo.

—Perfecto.

Eran momentos de emoción indescriptible.

Poco después, uno de los satélites llamó con urgencia, rogando que fuese el propio comandante quien se pusiese a la escucha.

—¿Qué hay? —inquirió Raymond temiéndose lo peor.

—Aquí el
«I-7»,
señor. Acabamos de recibir una llamada urgente del aparato que tripula Lauer.

—¿Y qué dice?

—Ha sido un mensaje bastante confuso, mi comandante. Tom dice que ha descubierto, desde su posición, dos objetos brillantes, a unos doscientos kilómetros delante de los satélites rusos.

—¡Hay que comprobar eso enseguida!

—¿Qué tengo que hacer, señor?

—Busque una órbita propicia y observe con su radar esos objetos. Puede tratarse de una trampa. Comuníqueme enseguida los resultados.

Estaba impaciente y, al mismo tiempo, profundamente

agradecido a Tom, que ya empezaba a procurar beneficios a sus compañeros.

Poco después, el «I-7» volvía a llamar.

—Ya hemos hecho las observaciones, señor.

—¿De qué se trata?

—¡Dos proyectiles enemigos, mi comandante! Los han dejado en la órbita hacia la que vamos todos.

El comandante se mordió los labios.

—¡Muy listos!

—¿Qué hemos de hacer?

—Precisar la órbita exacta en la que están los proyectiles. Mientras voy a pensar alguna cosa.

Tardaron muy poco en darle los detalles que solicitaba y cuando los tuvo.

—Está bien, «I-7». Vais a abandonar el satélite, colocándolo antes en esa órbita. Como nosotros somos los que estamos más cerca de vosotros, os recogeremos inmediatamente.

—Está bien, señor; pero hemos de decir algo.

—Hablad.

—Tenemos con nosotros al astronauta que recogimos antes.

—Es igual. Ligarle a un cable de seguridad y traerle con vosotros.

—A la orden.

—Además, haced la maniobra sin que el enemigo vea que abandonáis el aparato. Para ello, salid de él y protegeos detrás de su «sombra». Así el radar ruso no podrá cazaros.

—Perfectamente, señor.

Raymond se volvió a los que estaban a su lado.

—¡Son de cuidado, esos rusos! —exclamó: pero la sonrisa que ornaba a su rostro decía mucho de la tranquilidad que ahora experimentaba—. Tendremos que mantener los ojos bien abiertos.

—Nos habían preparado una trampa, ¿verdad?

—¡Y menuda trampa, Fleet! A no ser por Lauer, que vio, gracias a su posición excéntrica lo que era invisible para nosotros,

hubiésemos volado antes de acercarnos a ellos.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Utilizar su misma táctica.

—¿Es decir?

—Engañarlos. El
«I-7»
hará como sí tropezara, tripulado, contra los proyectiles que han colocado en la órbita en la que casi nos situamos todos. Al saltar por el aire, retrocederemos, haciéndolos creer de que el golpe nos ha sorprendido.

»Con toda seguridad, ellos se lanzarán tras nosotros, dispuestos a terminar de una vez. Entonces Tom intervendrá.

Una iluminación fantástica, como si un nuevo sol hubiese surgido, penetró por los ojos de buey, cegándolos casi. Al misino tiempo, las radios de a bordo empezaron a llamar una tras otra.

—¡El
«I-7»
ha explotado, señor!

—Ya lo sabemos. No os preocupéis, por favor. ¡Orden de retroceder a órbitas más interiores!

—¿Nos retiramos? —inquirió uno de los satélites.

—Es una finta. Obedeced enseguida.

—¡A la orden, señor!

Los satélites empezaron a disminuir sus órbitas, alejándose, lo más velozmente posible, de sus enemigos.

Éstos cayeron en la trampa y se lanzaron contra los que simulaban huir.

Entre tanto, desde el «States», Raymond contemplaba, no sin emoción, el hongo doble que habían formado las explosiones termonucleares. Allá arriba, donde nunca había ocurrido nada, a no ser el paso de los meteoritos, camino de la Tierra que les atraía, el hombre había traído la guerra, la destrucción y, de no acabar pronto, el horrendo peligro de la contaminación radiactiva.

Porque, sin ningún género de dudas, en aquellas alturas, sin ninguna atmósfera ni viento de ninguna clase, las partículas radiactivas flotarían, como minúsculos y fatales satélites de muerte, interminablemente, hasta que sus elementos radiactivos terminasen su emisión de partículas letales.

Por eso urgía terminar pronto aquella locura y dejar el espacio exterior destinado a fines buenos para la humanidad. Porque de seguir así, les rayos que caían sobre los campos y las ciudades, procedentes de un sol bienhechor, al atravesar campos de radiactividad tan intensos, podrían llevar un mensaje de destrucción a la Tierra.

—¡Señales a babor! —gritó el encargado del radar, emocionado.

Raymond se acercó a él.

—¿De qué se trata?

—De tres hombres que se acercan al «States». Deben ser los que abandonaron el
«I-7».

—Recógelos cuanto antes. No podemos permanecer aquí, ya que los otros satélites se están retirando. Conviene que el enemigo crea completamente en nuestra estratagema.

—Voy a recogerlos, señor.

Por fortuna, los tres náufragos del espacio eran ya atraídos por la masa del «States». Y, momentos más tarde pasaban a la cámara aislante, penetrando después en el satélite.

Raymond se acercó a la esclusa para recibirlos.

Pero, al darse cuenta de la identidad del tercero, lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Pero si es Olsen!

El muchacho sonrió débilmente. Bajo su traje espacial se veían las vendas que los del
«I-7»
le habían puesto al recogerle.

Marshall le estrechó en sus brazos.

—¡Qué alegría me proporcionas, muchacho!

—Yo también estoy contento, mi comandante.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te han vendado?

—Sufro algunas congelaciones, señor. Como estuve tanto tiempo en el espacio, mi mecanismo termorregulador se cansó, al acabarse la batería… ¡Y créame que estuve un buen rato castañeando de dientes!

—Todo eso se arreglará enseguida, Donald. Vamos a regresar a la Tierra en cuanto hayamos terminado con esos rusos y los médicos de los Estados Unidos te dejarán como nuevo… ¡Qué alegría!

¡Lástima que Wilson no esté contigo!

—Pudo estar como yo, mi comandante; pero, equivocándose, tomó un satélite ruso por uno de los nuestros… y lo destrozaron.

El comandante asintió, con un gesto; después, dándose una palmada en la frente.

—¡Hombre, se me había olvidado! Tengo una buena sorpresa para ti.

Y se fue en busca de Rudolph, al que trajo momentos más tarde.

—¡Aquí tienes a un buen amigo! —dijo.

Se miraron los dos hombres y Fleet, que estaba contento de que fuese Olsen quien se había salvado, avanzó hacia él, con la mano extendida.

—Me alegro de verte, Donald.

—Yo no.

El comandante frunció el entrecejo.

—¿Qué te pasa, Olsen?

—¿Es que no sabe usted la verdad, señor?

—No sé a qué te refieres.

Rudolph había palidecido intensamente, pero no dijo nada.

—Este hombre obligó a Wilson a que saliese al espacio.

—¡Pero si él me dijo que fue al contrario!

—Es un embustero, señor. Además de cobarde.

—¡No le crea! —aulló Fleet—. ¡Está mintiendo cínicamente!

E, incapaz de resistir más el ataque, se lanzó contra Donald, cuyas manos inválidas no podían defenderle.

Por fortuna, el comandante intervino, deteniendo a Rudolph.

—¿Qué es esto? ¿Quieres atacar a un hombre indefenso?

—¡Quiere perderme!

—Y tengo pruebas suficientes para perderte, canalla… Tú hiciste que John saliese al espacio, obligándole a que cambiase la papeleta que le cayó en suerte; luego, por si le hubieses hecho poco daño, mataste a su hermana de un disgusto. Por fortuna, Wilson se fue al otro mundo sin saberlo.

—¿No se lo dijiste? —inquirió el comandante con extrañeza.

—No tuve la suficiente fuerza, señor. Justamente, en el momento que estaba dispuesto a decírselo, me explicó lo que había ocurrido con las papeletas.

Wilson salió conmigo porque este granuja le prometió casarse

inmediatamente con su hermana.

Mary Wilson estaba muy mal del corazón y su hermano se sacrificó gustosamente para hacerla feliz; pero, de todos modos, y como me dijo en la última conversación que tuvimos, desconfiaba de Fleet, cuya cobardía y malas artes conocía por propia experiencia.

Raymond se volvió, furibundo, hacia Rudolph.

—¡Queda usted arrestado, Fleet!

Dos hombres lo condujeron, a pesar de sus protestas, a una cámara aislada, donde lo encerraron.

—¿Cómo van las cosas, señor? —inquirió Donald a su jefe.

—Estamos preparando el momento final. Voy a ver lo que hacen esos condenados rusos.

Se acercó a la tabla de transmisiones y empezó a pedir información.

—El enemigo sigue progresando, señor.

—¿Órbita?

—3000.

—¿Velocidad?

—La ha aumentado ligeramente, señor.

—¿Cuánta lleva ahora?

—

32 000.

—Eso quiere decir que está preparándose para caer sobre nosotros. ¿Noticias de Tom Lauer?

—Ninguna, señor.

—¡Hay que lograrlas! No puedo estar a la expectativa todo este tiempo. Si ese muchacho está con vida, necesito saberlo; pues, de otro modo, caeríamos estúpidamente en nuestra propia trampa.

—Voy a dar orden de que lo capten, señor.

Raymond se volvió hacia Donald. El joven se había sentado y levantó la cabeza, dándose cuenta de que la frente del comandante perlaba un intenso sudor.

—¿Recuerdas a Tom Lauer?

Olsen sonrió.

—¿Que si le recuerdo? ¡Naturalmente! Un muchacho muy callado, pero con un corazón como los Estados Unidos de grande.

—Lo está demostrando ahora.

—¿Alguna misión especial?

—Una idea suya. Quiere, mientras distraemos a los rusos, atacarlos por la espalda.

—¡Es un valiente!

—Todo vuestro equipo era excelente, Olsen. ¡Lástima que ese canalla de Fleet fuese el garbanzo negro del grupo!

—Nunca nos gustó, señor; pero fue el mismo Wilson quien nos hizo aceptarlo como camarada más. Compréndalo; era el prometido de Mary y su hermano hubiese dado la vida mil veces por lograr que la sonrisa de Mary no se apagase.

—¿Conocías a la muchacha?

—Sí. Fui muchas veces a la casa de los Wilson… ¡Era una criatura encantadora! Tenía el mismo carácter tranquilo, sereno y bondadoso de John.

Raymond meneó la cabeza.

—No sé por qué hemos de amargarnos la vida, cuando ésta ya tiene los problemas suficientes para volvernos locos.

El operador de la radio le llamó en aquel instante.

—¡Mi comandante!

—¿Qué hay?

—Tom Lauer a la escucha. Utiliza la clave 7.

—De acuerdo. Voy a hablar con él por esa clave.

Y acercándose al micrófono, pareció conversar en una lengua primitiva. Donald le entendía perfectamente.

—¿Qué hay, Tom?

—Todo bien, mi comandante. Seguro que no me han visto aún. Estoy a unos seiscientos kilómetros de ellos, en una órbita exterior.

—¿Crees que podrás hacer algo?

—¡Naturalmente, señor! He dispuesto el cambiador de órbitas para lanzarme sobre ellos dentro de pocos minutos.

—¡Ten cuidado!

—No se preocupe. Aprovecharé el paso de la noche al día, para poder situarme junto a ellos. Saltando bruscamente de órbita, puedo lograrlo perfectamente.

—¿Vas a atacarlos con proyectiles?

—Seguramente.

Hubo un corto silencio.

—¿Te gustaría saludar a un amigo?

—¿A un amigo, señor? Si se refiere usted a Rudolph, prefiero no hacerlo.

Marshall sonrió.

—No. Se trata de Olsen, que ha sido salvado por uno de los nuestros.

—¡El viejo Donald! ¡Claro que sí, mí comandante!

Raymond acercó el micrófono a los labios de Olsen.

—¿Qué hay, Tom?

—¡Ya sabía yo que saldrías de ésta, granuja! ¡No hay rusos bastantes para quitarte de en medio!

—¿Tendrás mucho cuidado, Tom?

—¡Claro que sí, muchacho! Sólo el pensar que podremos bebernos un buen «*whisky*», cuando esto acabe, me hará ser más prudente que nunca.

—No hagas locuras, Tom; te conozco.

—No te preocupes. Bueno, viejo, voy a cortar. El momento de cambiar de órbita se acerca… ¡Hasta la vista, amigos! ¡O hasta la eternidad!

—¡¡Tom!!

El otro había cortado.

Se miraron, el comandante y el soldado, fija y largamente.

Así pasaron algunos minutos.

Repentinamente, una llamarada colosal, fantástica, les obligó a cerrar los ojos.

No hubo sonido alguno que llevase hasta ellos el eco de la tremenda explosión. Muda, como todas las anteriores, la Muerte en el espacio exterior deshizo, atomizó, al «Moskowa», junto a todos los satélites que formaban aquel extraño erizo.

Una gigantesca nube en forma de hongo, de cerca de seis kilómetros de altura, se levantaba en el lugar que instantes antes habían ocupado los rusos.

—Habrá que buscar a Tom —musitó el comandante.

Donald meneó negativamente la cabeza.

—Ya sabe usted, perfectamente, señor, que es completamente inútil. Tom se ha estrellado voluntariamente contra ellos.

EPÍLOGO

Un olor dulzón a cloroformo flotaba aún en la estancia. Al abrir los ojos. Donald vio, después de las blancas paredes de la habitación y del alba bata del médico, el rostro de éste, que le sonreía.

—¿Qué hay, muchacho?

—Eso es lo que yo debo decir, ¿no es verdad? ¿Qué hay, doctor?

—Todo bien, amigo mío.

—¿Cuántos dedos me ha cortado usted?

—Ninguno. Había una congelación intensa en las extremidades, pero hemos logrado arrancarla, sin tener que cortar nada.

—¿Estoy entero?

—De arriba abajo.

—Mejor que mejor.

Y después de un silencio, preguntó:

—¿Cuándo llegamos a la Tierra?

—Hace una semana. Usted perdió el conocimiento, según me dijeron, después de acabar la batalla. Bajó el «States» solamente.

—¿Y los otros?

—Se han quedado allí, en misión de patrulla. Ahora están saliendo nuevos satélites de Cabo Cañaveral.

Donald sonrió.

—¿Nos hemos salido con la nuestra, eh?

El doctor sonrió.

—Eso parece.

—¿Y los «ruskis»?

—No han abierto el pico.

—Ésa es su costumbre. Aunque adivino lo que pasara.

—¿Usted cree?

—¡Naturalmente! Dentro de poco harán una «purga»,

eliminando a todos los que intervinieron en la guerra de satélites. Los llamaran, por ejemplo, «satelistas» y se los cargaran. Todo eso para decir al mundo que siguen teniendo muy buenas intenciones y que han castigado a los locos que hicieron la guerra.

—Y que la perdieron.

—Por eso los matarán. ¿Se ha enterado el mundo de lo ocurrido?

—¿Está usted cuerdo, Olsen? ¿Cómo quiere que no se enterase, si las explosiones atómicas y nucleares fueron visibles desde todas las partes de la Tierra?

—Debieron pasarlo mal, entonces.

—No puede usted imaginárselo. Hubo zonas en las que cundió el pánico y gente que abandonó sus hogares, segura de que había llegado el fin del mundo.

—Sí que hubieron de correr bulos.

—Muchísimos. ¡Hasta hubo emisoras que hablaron de una invasión de marcianos!

—¡Pobres chicos!

—¿Pobres quién?

—Los marcianos. La hemos tomado con ellos cuando, en realidad, por muy malos que sean, no nos llegarán ni a la altura del zapato. Si es verdad que nos han visitado, con lo de los platillos volantes, está claro que se fueron aterrorizados, bautizando a la Tierra como el «Planeta Manicomio».

Rieron ambos de excelente humor.

—¿Y qué pasará ahora con el espacio exterior?

—He leído —dijo el médico— que va a internacionalizarse. Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y otros muchos países están preparando sus propios satélites que, junto con los nuestros, controlarán el dichoso espacio exterior.

Alguien acababa de llamar a la puerta y el médico se volvió.

—¡Ah! ¿Es usted?

Donald se levantó un poco, apoyándose en la cama, lanzando una exclamación al reconocer a la recién llegada.

—¡Pero si es Emma!

La muchacha se acercó al lecho, sonriendo.

—Tiene buena memoria, señor Olsen. Veo que no me ha olvidado.

Donald miró al médico.

—¿Está usted oyendo, doctor? ¿Es que puede olvidarse alguna vez una criatura como ésta?

—Es usted incorregible —dijo ella.

—Soy todo lo que usted quiera, Emma: incorregible, tremendo, hasta marciano, si lo desea.

El rostro de ella se ensombreció.

—¿Sufrió mucho… Wilson?

También se frunció el entrecejo de Olsen.

—No lo creo. Le dispararon a quemarropa. ¿Y su hermana, sufrió mucho?

—Mucho.

Hubo una pausa.

—¿Se sabe algo de…?

No tuvo necesidad de nombrar a nadie, porque ella le había comprendido perfectamente.

—El comandante estuvo aquí, visitándole y me habló de ese asunto.

—¿Cómo? ¿Estuvo aquí y no me dijeron nada?

El médico sonrió.

—Estaba usted en otra dimensión, señor Olsen.

—¡Comprendo! ¡Qué lástima! ¿Y dónde ha ido el buen comandante?

Fue Emma quien contestó ahora.

—Ha vuelto al espacio.

—Comprendo.

Se callaron de nuevo y ella, al cabo de unos instantes.

—Respecto a lo que me preguntó antes, señor Olsen, puedo decirle que se ha hecho justicia. Rudolph Fleet ha sido condenado a una permanencia de diez años en el espacio exterior.

Donald meneó la cabeza, en señal de asentimiento.

—No hablemos más de eso —dijo.

Fue entonces cuando el médico se despidió.

—Me voy. Creo que puedo dejarle con la señorita.

Donald le guiñó el ojo.

—¡Es usted un tío listo, doctor!

Salió el médico y la muchacha se sentó al lado, de la cabecera de la cama.

—¿Sabe usted que es un hombre famoso?

—¿Yo?

—Si. El mundo está esperando conocerlo, llevarlo de un lado para otro y enseñarle a millones de gentes que arden de deseos de conocerle.

—¿Es posible?

—Lo es. Hasta el Presidente ha llamado, personalmente, una vez, esperando que se restablezca para recibirle en Washington.

—¡Me estoy poniendo colorado!

—Lo comprendo.

Donald soltó una carcajada.

—¿Es posible que me haya hecho tan famoso?

—No lo sabe usted bien. En Washington, además del Presidente y la Medalla del Congreso, le espera un millón de dólares que se le dará como premio «al primer hombre del espacio».

—¿Y… ése soy yo?

—El mismo.

Olsen volvió a reír.

—¡Famoso y millonario! ¡Se me van a rifar!

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Pero no se da cuenta, criatura?

—La verdad es que no le comprendo.

Una nueva carcajada.

—¡Pero si está clarísimo! En cuanto salga de aquí, tendré que alquilar una escolta para que las mujeres me dejen tranquilo.

—¡Presumido!

—No es eso, señorita; sino la estricta verdad. ¿Sabe usted lo que va a significar para ellas la posibilidad de cazar «al primer hombre del espacio»… maravillosamente acompañado por un millón de relucientes dólares?

—Sigue siendo el mismo; no cambiará nunca.

—Se engaña. Ni voy a ir a Washington, ni cogeré ese dinero…

—¿Ha perdido usted la razón?

—Lo he perdido todo: la razón, el entusiasmo… y hasta el apetito.

—¿Puede saberse por qué?

Él la miró fijamente.

—Porque, no necesito nada: ni honores, ni fama, ni dinero. Quiero seguir aquí, en el hospital… a su lado.

Fue ahora ella quien le miró a los ojos, intensamente.

—¿Y todo lo que le espera fuera de aquí?

—Lo cambiaré, en cuánto usted quiera, por un solo beso… y una promesa de matrimonio.

Emma lanzó una ligera carcajada.

Pero se veía, en el temblor de sus dedos, que estaba profundamente emocionada.

—¿Sólo por un… beso?

—Y la promesa, seria y formal, de matrimonio; no lo olvide.

Ella se inclinó sobre él.

—Concedido, señor cabezota; pero, con una condición.

—Ya la sé.

—¿Es posible?

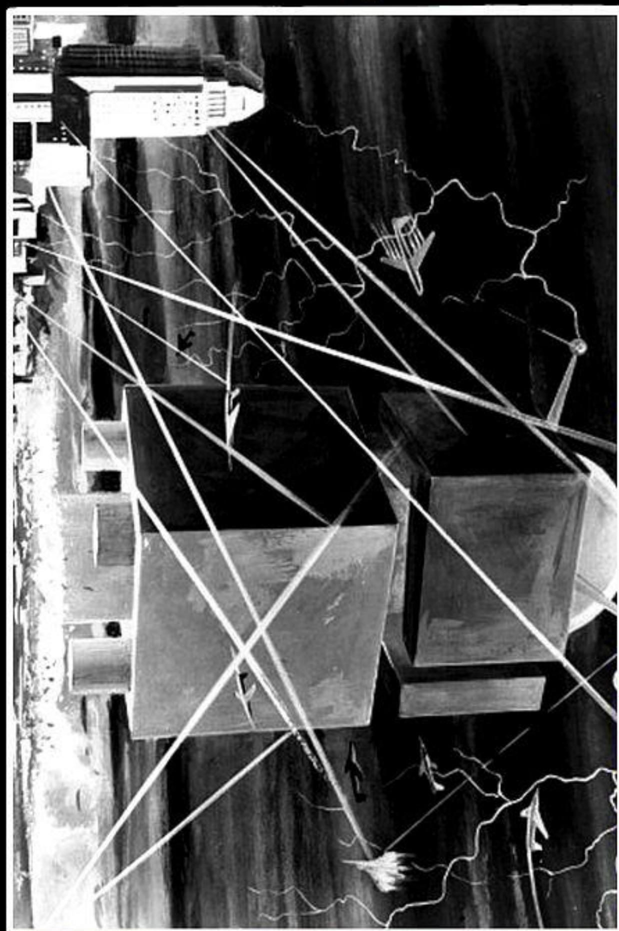
—Naturalmente… Que no olvide de recoger el millón. Porque, eso de «contigo pan y cebolla» no existe más que en las malas novelas.

—¿Cómo lo adivinaste? —se extrañó ella.

Pero Donald la atrajo hacia sí.

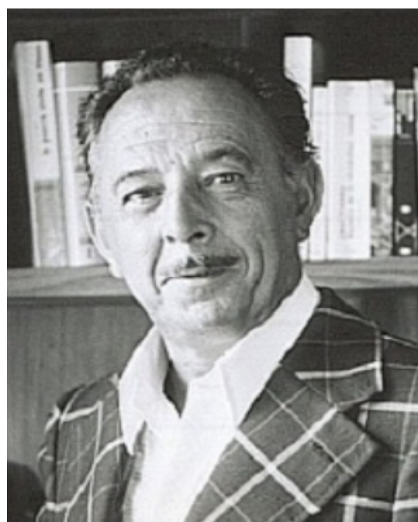
—Bésame y deja de decir tonterías. ¿Crees que no me ha servido de nada ser EL PRIMER HOMBRE DEL ESPACIO?





Escena de KRONOS Regalscope
20th Century Fox

Precio en España: **6.—ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.